

EL ORIGEN DE LA POLÍTICA DE FRENTE ÚNICO: DEBATES DE ESTRATEGIA EN LA INTERNACIONAL COMUNISTA (1919-1923)

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	3
INTRODUCCIÓN	5
I. LA CONSTITUCIÓN DE LA POLÍTICA DE FRENTE ÚNICO (FU)	7
1. El significado del II congreso de la IC (julio de 1920)	7
2. La construcción de la política de FU entre el III (junio de 1921) y el IV Congreso (noviembre de 1922) de la IC	12
II. LA REVOLUCIÓN ALEMANA DE 1923	29
III. LA CRISIS DE LA POLÍTICA DE FU	35
1. El balance de la derrota del 23	35
2. Sobre el “gobierno obrero” y la entrada en el gobierno regional de Sajonia	38
3. Sobre la “legitimidad democrática” y su ruptura	40
4. La táctica de Brandler en Chemnitz	42
5. Sobre la utilidad de la política de FU	43
BIBLIOGRAFÍA BÁSICA	45
GLOSARIO	47

PRESENTACIÓN

He aquí un escrito inédito que Miguel Romero me confió hace ya unos años y que aborda una de las cuestiones capitales de la estrategia revolucionaria en los países capitalistas desarrollados (temática ya brillantemente abordada en otro **Texto de Combate** por François Sabado). Debo confesar con una cierta vergüenza que, debido a urgencias militantes y a otras prioridades de nuestra política de publicaciones, este texto mecanografiado aquí transcrito, base de las sesiones impartidas por Moro en el Instituto Internacional de Investigación y Formación (IIRE) de Ámsterdam, se ha pasado varios años en la recámara a la espera de una buena fórmula para ser editado (como presentación de una recopilación de textos, como parte de una antología, un monográfico...). Finalmente, a propuesta de otra figura legendaria y muy querida de nuestro movimiento, Daniel Pereyra, va a ver la luz en formato **Texto de Combate** para, en primera instancia, satisfacer necesidades de formación de una de las agrupaciones de base de Izquierda Anticapitalista de Madrid. Sin duda también va a ser ampliamente utilizado en otros ámbitos y latitudes por su calidad y su precisión expositiva, tan característica de Miguel, y por la extraordinaria actualidad de sus contenidos a la vista del ascenso de la reacción y de la ofensiva capitalista en curso.

Hemos acompañado el texto de un pequeño glosario al final y hemos actualizado las referencias bibliográficas originales.

[...] ESTE TEXTO MECANOGRAFIADO AQUÍ
TRANSCRITO, BASE DE LAS SESIONES IMPARTIDAS
POR EL MORO EN EL INSTITUTO INTERNACIONAL DE
INVESTIFACIÓN Y FORMACIÓN (IIRE) DE
ÁMSTERDAM [...] VA A SER AMPLIAMENTE UTILIZADO
EN OTROS ÁMBITOS Y LATITUDES POR SU CALIDAD
Y PRECISIÓM EXPOSITIVA, TAN CARACTERÍSTICA DE
MIGUEL[...]

Esperemos que esta publicación tardía —lamentablemente, en política, como en la vida, todo se hace (y/o se aprende) tarde... — sirva de modesto pero sentido homenaje al camarada y amigo desaparecido.

¡Hasta la victoria siempre, Moro!

Andreu Coll, abril de 2014

INTRODUCCIÓN

La Internacional Comunista inició entre su II y III Congreso una discusión que ocuparía un lugar central en sus debates y su práctica durante más de 15 años: la política de “Frente Único” que, en realidad, iba a significar un proyecto de elaborar una estrategia específica para la revolución socialista en los países capitalistas desarrollados. Puede decirse que ésta es una discusión actual e inacabada: actual, porque los problemas que trató de resolver la política de Frente Único siguen hoy presentes, aunque por supuesto en muy diferentes condiciones objetivas y subjetivas; inacabada porque el curso de la Internacional Comunista desde mediados de los años 20 significó una regresión profunda en este terreno y, sobre todo, porque la ausencia de victorias revolucionarias en Occidente, e incluso de experiencias revolucionarias de suficiente amplitud desde la postguerra de la II Guerra Mundial, no han permitido que se produzca la imprescindible prueba de la práctica de la validez de toda estrategia. En estas condiciones, tiene interés estudiar las discusiones y experiencias que dieron origen a la política de Frente Único.

La amplitud del tema obliga a hacer una selección rigurosa y lo menos arbitraria posible dentro de este largo periodo. Los criterios utilizados han sido los siguientes:

- a) limitarse a Europa y dentro de ella tomar como referencia fundamental Alemania, que fue también el centro de atención y de experimentación de la Internacional Comunista (IC).

[...] ÉSTA ES UNA DISCUSIÓN ACTUAL E INACABADA: ACTUAL, PORQUE LOS PROBLEMAS QUE TRATÓ DE RESOLVER LA POLÍTICA DE FRENTE ÚNICO SIGUEN HOY PRESENTES [...] INACABADA PORQUE EL CURSO DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA DESDE MEDIADOS DE LOS AÑOS 20 SIGNIFICÓ UNA REGRESIÓN PROFUNDA EN ESTE TERRENO [...] PORQUE LA AUSENCIA DE VICTORIAS REVOLUCIONARIAS EN OCCIDENTE NO HAN PERMITIDO QUE SE PRODUZCA LA IMPRESCINDIBLE PRUEBA DE LA PRÁCTICA [...]

- b) Hacer sólo las referencias imprescindibles a la evolución interna de la situación en la URSS y en la dirección del Partido bolchevique: aunque ambos acontecimientos tuvieron una influencia indudable en la IC, no creemos que tuvieran un peso decisivo hasta el desarrollo práctico de la teoría del “socialismo en un solo país”, que podemos fijar en 1935, y requerirían por sí solos un texto específico.
- c) Centrarse en las discusiones directamente políticas, sin entrar en otros terrenos importantes como, por ejemplo, la política sindical: es muy difícil documentarse seriamente sobre ella teniendo en cuenta que hubo mucha distancia entre resoluciones de los Congresos de la IC y de la Internacional Sindical Roja (ISR) y la práctica de cada sección.
- d) Centrarse en las discusiones de la dirección de la IC.
- e) Se han evitado al máximo posible las notas a pie de página para aligerar dentro de lo que cabe la lectura del texto. Las dos únicas notas resumen los datos de la “Acción de Marzo” de 1921 y la revolución alemana de 1923*. Puede ser conveniente leerlas antes de los párrafos de análisis sobre estos hechos que figuran en el texto.

* Hemos optado por reconvertir la primera en un destacado y la segunda en un nuevo capítulo para facilitar la lectura del texto. [Nota del E.]

I. LA CONSTITUCIÓN DE LA POLÍTICA DE FRENTE ÚNICO (FU)

1. El significado del II Congreso de la IC (julio de 1920)

La política de FU empezó a formularse entre el III y IV Congreso de la IC como un giro profundo respecto a la orientación establecida en los congresos anteriores. Es necesario por ello referirse brevemente a las condiciones y los primeros pasos de la fundación de la IC, como marco de referencia para los desarrollos posteriores.

Ya desde la época de la Conferencia de Zimmerwald (septiembre de 1915), los internacionalistas más radicales y más lúcidos, Lenin y Trotsky, definieron el proyecto de la futura Internacional Comunista como “la Internacional de las últimas luchas y la victoria final”. Ésta era una idea coherente con la gravísima crisis que sacudía a todo el mundo capitalista y con la convicción de los socialistas revolucionarios de la necesidad de aprovechar esa crisis para conseguir victorias decisivas sobre la burguesía. Octubre del 17 fue interpretado justamente como la confirmación de que ese era el camino correcto, pero planteó también la urgencia de avanzar en él: nadie creía seriamente en aquellos momentos en la posibilidad de supervivencia de una revolución socialista aislada en un país tan atrasado como Rusia. Así las ideas centrales con que se funda la IC en marzo de 1919 son: el derrumbe paralelo del capitalismo y el reformismo encarnado en la II Internacional y la inminencia de la revolución europea. El Iº Congreso iniciaría la tarea de establecer una línea política coherente con estas concepciones, tarea que sería culminada en el II Congreso, que tomaremos como referencia para este periodo.

El II Congreso se reunió en momentos cumbre de la ola revolucionaria de la post-guerra y, por tanto, en condiciones favorables a la euforia y al voluntarismo.

La IC había conocido importantes avances organizativos. Los delegados al Congreso no eran ya, a diferencia de lo sucedido en el I, revolucionarios “individuales” en su mayor parte, representantes de organizaciones fantasmales o muy minoritarias. Eran en gran parte representantes de organizaciones reales, con peso significativo en sus países, que pre-

figuraban el gran salto adelante de las secciones de la IC en los meses que siguieron al II Congreso (sobre todo en Alemania, con la fusión en diciembre del KPD y la izquierda del USPD, que daría origen a un gran partido con influencia de masas y unos 300.000 militantes).

La tarea central del II Congreso será completar la delimitación programática iniciada en el I, sobre todo con las tesis de Lenin sobre “La democracia burguesa y la dictadura proletaria”. Los bolcheviques comprendían bien la necesidad de esta tarea y, sin duda, ésta fue una de sus razones fundamentales para la batalla política que dieron con los comunistas alemanes, durante todo el periodo de la guerra, sobre la necesidad de organizar inmediatamente la III Internacional. La mayoría de las corrientes revolucionarias nacían radicalizadas por los horrores de la guerra imperialista e “iluminadas” por la victoria de Octubre, pero tenían orígenes políticos muy diferentes, continuas batallas fraccionales entre sus diversos componentes y muy poca claridad en las cuestiones decisivas. Había que darles homogeneidad programática y ésta era la primera tarea que se plantearon los dirigentes centrales de la IC, tarea que justificaba por sí solo la necesidad de la Internacional.

Es interesante señalar el tipo de delimitación programática que se realizó, sintetizada en las célebres “21 condiciones”, cuyo contenido se limitaba a los grandes principios marxistas que resumían la ruptura radical con la II Internacional y a la concepción y las tareas centrales del partido. No encontramos nada que se refiera a la estrategia, entendida como camino hacia la toma del poder y difícilmente pueden construirse partidos, y menos aún en condiciones revolucionarias, sin ideas precisas en este terreno. En realidad pensamos que existían estas ideas —aunque no estuvieran desarrolladas de forma coherente en ninguna resolución— a partir de una generalización del “modelo ruso”, que convertía una versión bastante particular de la experiencia bolchevique en la norma universal para la revolución socialista.

Dos fueron los elementos centrales de este “modelo”: el primero considerar que una situación del tipo “Febrero de 1917” se reproduciría al comienzo de la crisis revolucionaria en todos los países

**LA MAYORÍA DE LAS CORRIENTES REVOLUCIONARIAS
NACÍAN RADICALIZADAS POR LOS HORRORES DE LA GUE-
RRA IMPERIALISTA E “ILUMINADAS” POR LA VICTORIA DE
OCTUBRE, PERO TENÍAN ORÍGENES POLÍTICOS MUY
DIFERENTES, CONTINUAS BATALLAS FRACCIONALES ENTRE
SUS DIVERSOS COMPONENTES Y MUY Poca CLARIDAD EN
LAS CUESTIONES DECISIVAS**

Europeos; el segundo interpretar que la conquista por el Partido bolchevique de la hegemonía en la Revolución rusa se había producido gracias a un “salto” fulminante del partido, que habría pasado de ser una “pequeña minoría” en Febrero, a ser mayoritario en Octubre. Ambas tesis estaban gravemente equivocadas.

El esquema de las características más significativas a estos efectos de febrero del 17 puede plantearse así:

- La burguesía rusa se mostró incapaz de reconstruir un Estado burgués mínimamente sólido, bajo formas democrático-parlamentarias: las instituciones democráticoburguesas instauradas carecían de tradición en el país y fueron desde el principio extremadamente débiles.
- El aparato de represión, en especial el Ejército, estaba también debilitado y dividido por efecto de la guerra.
- Existía, en general, una generalizada radicalización campesina.
- Existía la tradición de los soviets y la gran experiencia política de la revolución de 1905.
- En fin, aunque la batalla por ganar la mayoría en los soviets a mencheviques y “socialistas-revolucionarios” fue durísima y puede considerarse como una obra maestra de táctica revolucionaria, el reformismo ruso no era nada comparable, desde el punto de vista de la fortaleza orgánica y las raíces en la clase obrera, a los grandes partidos de la II Internacional, particularmente al SPD alemán.

Por otra parte, el Partido bolchevique era más incomparable aún a las secciones de la IC de la época, no ya por sus cualidades políticas, sino también por su fuerza. La idea del “salto” era completamente equivocada (aunque fuera defendida alguna vez por el propio Lenin; en cierto modo era “inevitable” realizar esta deformación de la historia real de los bolcheviques, e incluso creérsela: ¿cómo si no las recién nacidas, y en su mayor parte muy minoritarias, secciones de la IC iban a considerarse capaces de dirigir una lucha por el poder considera-

da “inminente”?). La realidad es que el Partido bolchevique, como su propio nombre indica, había sido al menos desde 1912 la organización mayoritaria del movimiento obrero ruso y sólo en Febrero, y durante algunos meses, perdieron esa mayoría, conservando en cualquier caso decenas de miles de militantes, ampliamente experimentados, lo mejor de la vanguardia de una clase obrera forjada en una experiencia política riquísima.

Estos errores tenían una base en la situación europea de aquellos años: la misma profundidad y gravedad de la crisis revolucionaria *disfranzaba* la especificidad de la revolución en Occidente, donde, en general, la fuerza política y económica de la burguesía, las tradiciones democrático-parlamentarias y la legitimidad de sus instituciones, el peso de la II Internacional y la muy débil experiencia de luchas revolucionarias amplias creaban unas condiciones esencialmente diferentes al “febrero” ruso.

Sólo la experiencia mostraría, obligando a pagar un precio muy duro, la naturaleza de esos errores. Pero hasta que la experiencia llegó, tomó cuerpo en la IC una teorización extrema de este tipo de línea: la llamada “teoría de la ofensiva”, desarrollada sobre todo por los “comunistas de izquierda” alemanes, y particularmente por Lukács, y también la teoría de la “acción parcial”, debida a Bela Kun. Ambas se complementaban y pueden resumirse así:

- El movimiento obrero está dispuesto “objetivamente” para la lucha revolucionaria, pero se encuentra “adormilado” por la influencia reformista.
- Hay pues que “despertarlo” y para ello es necesaria una “acción independiente del partido” (la llamada “acción parcial”), que sirva de “ejemplo”, lanzando “la consigna justa en el momento justo” y movilizand las fuerzas del partido, sin esperar a nadie, confiando que las masas se verían arrastradas a la acción.

La tristemente célebre “Acción de Marzo” protagonizada por el KPD alemán sería la prueba del desastre de estas “teorías”. La experiencia de este fracaso dará nacimiento a la política de FU.

Qué fue la “Acción de Marzo”

A principios de 1921, Rusia sufría una crisis política y económica terrible: es la época de Cronstadt y las vísperas de la puesta en marcha de la NEP (Nueva Política Económica). Alemania sufría también una de sus típicas crisis de la postguerra. En la IC, o al menos en sus enviados a Alemania, existía el convencimiento de que sólo una revolución victoriosa en Alemania podía salvar a Rusia. El nuevo partido alemán era ciertamente muy fuerte (aunque políticamente minoritario respecto al SPD, como reflejaban las elecciones regionales de este periodo, en las que el SPD obtuvo 5.309.000 votos y el VKPD — nombre oficial del partido— 1.440.000). Desde el mes de febrero, la dirección del partido estaba en manos de los “comunistas de izquierda”, muy influidos por Radek (formaban parte de esta corriente Brandler y Thalheimer, entre otros). La nueva dirección quería hacer la prueba de las capacidades de “ofensiva” del nuevo partido, superada la crisis abierta por la derrota de enero de 1919. La “teoría de la ofensiva” era la línea oficial. Se hablaba de “forzar el destino de la revolución”.

Pero fue el gobierno prusiano quien realmente tomó la ofensiva. Pese a estar convencidos de que no había ningún peligro real de levantamiento comunista en la región de Mansfeld (zona hullera de la Alemania central, donde los comunistas tenían mayoría electoral), el presidente del gobierno Hörsing dio la orden a la policía de desarmar a los obreros. Durante varios días los trabajadores de la región combatieron con la policía. Fuera de la región sólo estallaron acciones aisladas de solidaridad. El KPD llamó a la Huelga General, pero apenas 300.000 la siguieron. Estallaron peleas violentas entre trabajadores partidarios y opuestos a la huelga en las principales fábricas. Al cabo de unos días, los enviados de la IC, y particularmente Bela Kun, decidieron forzar más aún la situación. Para “estimular” a los obreros se organizaron falsos atentados contra locales del partido, así como diversos atentados con explosivos,

uno de ellos contra el tren Halle-Leipzig. Nada de esto dio, como cabía esperar, resultados positivos para la huelga. Este fracaso le costó, además de una grave crisis de dirección, la pérdida de casi la mitad de sus militantes (unos 150.000 sobre 360.000). Datos tomados de Kurt Flechtheim, *Le Parti communiste allemand sous la République de Weimar*, Ed. Maspéro, París, 1972.

2. La construcción de la política de FU entre el III (Junio de 1921) y el IV congreso (noviembre de 1922) de la IC

Poco tiempo después del II Congreso, empiezan a aparecer los síntomas de un cambio en la coyuntura internacional. La Gran Guerra ha terminado hace más de dos años. Sólo en Rusia ha habido una revolución victoriosa. El mundo capitalista no ha conseguido superar su crisis, como los acontecimientos posteriores iban a mostrar, pero está metido de lleno en las tareas de reconstrucción y en condiciones de ligera mejoría de la coyuntura económica.

Se ha producido ciertamente una profunda diferenciación y recomposición del movimiento obrero: los comunistas iban a recoger una parte fundamental de la radicalización de la juventud obrera, en la cual el prestigio de la Revolución rusa era enorme. Pero la vuelta a la actividad política, en condiciones “normales”, de las grandes masas populares, iba a permitir sobre todo una recomposición de la socialdemocracia. En su discurso sobre “la situación económica y las tareas de la IC”, Trotsky plantearía así el problema: “Los menos quebrantados por la guerra son la burocracia obrera, la burocracia del partido, de los sindicatos y los parlamentarios. En todos los países, los Estados capitalistas han prestado la mayor atención y el trato más cuidadoso hacia esta superestructura, comprendiendo de un modo excelente que, sin ella, la clase obrera no habría podido ser mantenida sumisa a través de estos años de efusión de sangre”.

LOS COMUNISTAS IBAN A RECOGER UNA PARTE FUNDAMENTAL DE LA RADICALIZACIÓN DE LA JUVENTUD OBRERA, EN LA CUAL EL PRESTIGIO DE LA REVOLUCIÓN RUSA ERA ENORME. PERO LA VUELTA A LA ACTIVIDAD POLÍTICA, EN CONDICIONES “NORMALES”, DE LAS GRANDES MASAS POPULARES, IBA A PERMITIR SOBRE TODO UNA RECOMPOSICIÓN DE LA SOCIALDEMOCRACIA

Los comunistas comprenden que si bien se han fortalecido, siguen siendo minoritarios en la mayoría de los países. La tarea es por tanto ganar a la mayoría de los trabajadores. Pero, y ésta será la segunda rectificación importante, hay que lograr esto en una situación de luchas fundamentalmente defensivas.

El antecedente más importante de respuesta a este tipo de problema está en la “Carta abierta” que Paul Levi, en nombre de la dirección del KPD había dirigido al SPD y los sindicatos alemanes en enero de 1921. Recordemos como se realizó este primer ejemplo, y por mucho tiempo “modelo” de referencia, de la política de FU.

Se acababa de realizar la fusión entre el KPD y la izquierda del USPD. El resultado era un gran partido comunista de masas que, con mucha inteligencia, es consciente desde el primer momento de que debe ganarse a lo que Levi llamaba “la pesada masa organizada”, es decir, los sectores mayoritarios dirigidos por el SPD y el USPD. A ellos se dirigió la “Carta abierta” proponiendo la acción común por un programa defensivo elemental: adaptación de los salarios a los aumentos del coste de la vida; creación de una organización de auto-defensa proletaria; establecimiento de relaciones con Rusia; control de la producción por los consejos de empresa. El SPD realiza una serie de consultas en sus comités regionales y el 90% de los votos son favorables a la colaboración con los comunistas sobre la base de la Carta. Pese a ello, la dirección del SPD rechazará el acuerdo. Los comunistas continuarán durante algún tiempo haciendo propaganda con la Carta y denunciando el rechazo del SPD, pero no obtendrán ningún resultado práctico. La Carta quedó en letra muerta y pocas semanas después, con un giro de 180° favorecido sin duda por la decepción ante el fracaso de la propuesta, los comunistas alemanes se comprometerían en la “Acción de Marzo”.

Merece la pena detenerse un momento en buscar una explicación a este primer ensayo fallido de la política de FU. Teóricamente estaban reunidas todas las condiciones para que la propuesta tuviera éxito:

- un enfoque unitario de la acción;
- unas propuestas defensivas y adecuadas a las necesidades del conjunto de los trabajadores (y la votación entre los cuadros intermedios del SPD es buena prueba de ello);
- una relación de fuerzas adecuada del partido que hace la propuesta.

¿Qué faltó entonces? En primer lugar, por supuesto, la voluntad de la dirección del SPD, pero esto es un dato de partida en toda la política de FU: los reformistas no quieren la unidad de acción y, en mayor o menor grado, hay que forzarles a aceptarla. Pensamos que fallaron otros dos elementos necesarios.

El primero es difícil de definir pero nos lo volveremos a encontrar una y otra vez en todas las experiencias de FU: hace falta algo que venga “de abajo”, que no es solamente voluntad de acción unitaria de los trabajadores (esto existe casi siempre, salvo en los periodos de fuerte retroceso), sino que es el paso efectivo, espontáneo o semi-espontáneo, a acciones unitarias de masas.

El segundo elemento es la preparación del partido para hacer esa política: es claro que una carta, por correctos que sean sus planteamientos, no puede modificar el comportamiento de grandes masas. Son los militantes del partido los que pueden convertir esa política general en una fuerza material, luchando por ella, concretándola, convenciendo al compañero de trabajo o del sindicato, o al vecino del barrio. Es, en fin, esta actividad la que puede ayudar a que surja esa acción “semi-espontánea” que crea las condiciones de realización del FU.

Y ni el partido alemán, ni la IC en su conjunto estaban a principios de 1921 preparados adecuadamente para hacer esa política. La base teórica más seria que existía hasta entonces era *La enfermedad infantil del “izquierdismo” en el comunismo*, la que sería la última gran obra de Lenin, publicada en junio de 1920. En ella se plantea la necesidad de una cierta táctica unitaria hacia los partidos de la II Internacional, pero a partir de considerar que la batalla fundamental

**AÚN, NI SIQUIERA LENIN HABÍA LLEGADO A UNA IDEA
PRECISA SOBRE LA RECOMPOSICIÓN DE LA
II INTERNACIONAL Y SOBRE LAS CONDICIONES EN LAS QUE
LOS COMUNISTAS DE OCCIDENTE PODÍAN CONSEGUIR
“GANARSE A LAS MASAS”. LOS DEBATES DE BALANCE EN
TORNO A LA “ACCIÓN DE MARZO” PERMITIRÍAN UN AVANCE
—TODAVÍA MODESTO— EN ESTE TERRENO**

contra ella ha sido ganada ya por los comunistas. En consecuencia, lo que Lenin propone a los comunistas británicos es que realicen “maniobras” de tipo formalmente unitario, según la conocida fórmula de que “tenemos que sostener a los reformistas como la soga sostiene al ahorcado”. La fórmula es muy brillante, pero el pequeño PC británico no tenía ni la más remota posibilidad de ejercer el papel del verdugo y tratar de ponerle la soga en el cuello al enorme monstruo burocrático que era ya el Partido Laborista.

Aún, ni siquiera Lenin había llegado a una idea precisa sobre la recomposición de la II Internacional y sobre las condiciones en las que los comunistas de Occidente podían conseguir “ganarse a las masas”. Los debates de balance en torno a la “Acción de Marzo” permitirían un avance —todavía modesto— en este terreno.

Lamentablemente, este balance llegó envenenado al III Congreso de la IC. Levi había hecho públicas críticas durísimas a dicha acción en su folleto “Nuestro camino. Contra el putschismo”. Las críticas afectaban no solamente a la dirección del KPD, sino también a la IC. La Acción de Marzo era calificada con cierta exageración como “el mayor putsch bakuninista de la historia”. Inmediatamente Levi sería expulsado del KPD. Y no hay que olvidar que Levi aparecía ante la IC como el “creador” de la política de FU.

Lenin y Trotsky compartían lo esencial de los argumentos políticos de Levi, pero rechazaban su irresponsabilidad en el terreno organizativo (“había perdido la cabeza”, decía Lenin, añadiendo inmediatamente “[...] pero al menos tiene una cabeza que perder” en transparente alusión a los responsables de la “Acción de Marzo”). Puesto que Levi se negó a cualquier rectificación sobre su comportamiento organizativo, la expulsión debía ser ratificada.

La dirección del KPD llegó al III Congreso presentando la “Acción de Marzo” como una victoria y tratando de imponer como línea general de la IC la “teoría de la ofensiva”. El ataque contra Levi se acompañaba de una carga contra toda política unitaria hacia la socialdemocracia. Al comienzo del Congreso la gran mayoría de los

delegados compartían las opiniones de los alemanes. Lenin tuvo que echar en la balanza toda su autoridad para imponer un acuerdo en la delegación bolchevique y, desde él, buscar una posición de compromiso en el Congreso, que cortara el paso al sectarismo y a la vez evitara un enfrentamiento abierto con el KPD.

La más importante resolución del Congreso, “Tesis sobre la táctica” está lastrada por estos compromisos. Las cuestiones que se clarifican más son:

- la necesidad de “ganarse a las masas” como tarea central (el lema “¡Hacia las masas!” se convirtió en la consigna central de los comunistas);
- para ello era imprescindible participar en las luchas inmediatas, por reivindicaciones parciales “que sirven no solamente para llevar a las masas a la lucha, sino también para organizarlas”).

Hay aquí un avance considerable y una crítica implícita, pero contundente hacia los partidarios de la teoría de la “ofensiva”. A cambio, se acepta un balance totalmente triunfalista de la “Acción de Marzo”; se mantiene que la situación de la II Internacional es de “derrumbamiento” y, en consecuencia, no se establece ninguna política unitaria consistente hacia sus secciones; y, en fin, se afirma: “la naturaleza revolucionaria de la época actual consiste precisamente en que las más modestas condiciones de la existencia de las masas obreras son incompatibles con la existencia de la sociedad capitalista y, por esta razón, la lucha misma por las más modestas reivindicaciones toma las proporciones de una lucha por el comunismo”: es claro que esta confusísima tesis, si se la toma al pie de la letra, convierte en papel mojado todo lo que se había afirmado anteriormente sobre la necesidad de la lucha por reivindicaciones parciales. El problema está justamente en que esas luchas no “toman las proporciones” de la lucha por el comunismo. Pero aún era pronto, o al menos así se consideró, para llegar más lejos en este terreno.

Hubo que esperar a las reuniones del Comité Ejecutivo Internacional que se iniciaron en diciembre de 1921 para que la política de FU adopte un contenido claro y tome ese nombre. Trataremos de resumir el contenido fundamental de la resolución mediante el menor número posible de citas del texto original: “las ilusiones democráticas y reformistas que, después de la guerra imperialista, habían recuperado terreno en una categoría de trabajadores privilegiados, así como entre los obreros políticamente más atrasados, se disipan antes de haber empezado a desarrollarse [...] La ofensiva capitalista ha suscitado en las masas obreras una tendencia espontánea hacia la unidad, que nada es capaz de contener y que va a la par con el crecimiento de la confianza del proletariado en los comunistas. Solamente ahora, sectores obreros cada vez más importantes comienzan a apreciar la valentía de la vanguardia comunista que se entregó a la lucha por la defensa de los intereses proletarios, en una época en que las grandes masas permanecían aún indiferentes, o incluso hostiles, hacia el comunismo [...] Despertados desde ahora a la vida pública más activa, las capas menos experimentadas de la clase obrera sueñan con la fusión de todos los partidos obreros, si no de todas las organizaciones obreras, esperando aumentar así su capacidad de resistencia frente al empuje del capital. Obreros que hasta ahora no se interesaban prácticamente en las luchas políticas, quieren verificar en adelante, por su experiencia personal, el valor del programa político del reformismo. Los obreros que adhieren a los viejos partidos socialdemócratas, y que constituyen una fracción del proletariado, no admiten más las campañas de calumnias de los socialdemócratas y centristas contra la vanguardia comunista; más aún, comienzan a reclamar un acuerdo con ella. Sin embargo, no están completamente emancipados de las creencias reformistas y muchos dan su apoyo a la Internacional socialista y a la de Amsterdam. Sin duda sus aspiraciones no están siempre claramente formuladas, pero es claro que tienden imperiosamente a la creación de un frente proletario único [...] Estas aspiraciones representan un progreso. La

fe en el reformismo está prácticamente extinguida. En la situación actual del movimiento obrero, toda acción sería, incluso si su punto de partida está en reivindicaciones parciales, llevará fatalmente a las masas a plantear las cuestiones fundamentales de la revolución [...] Después de haberse asegurado una completa libertad de propaganda, los partidos comunistas se esfuerzan ahora en realizar una unidad tan completa como sea posible de las masas obreras en el terreno de la acción práctica. Mientras que para los trabajadores que han llegado a una vida política consciente y son aún inexpertos la consigna del frente único es la expresión sincera del deseo de oponer a la ofensiva patronal todas las fuerzas de la clase obrera, para los líderes reformistas esta consigna no es más que un nuevo intento de engañar a los trabajadores para llevarlos al atolladero de la colaboración de clase [...] Sometiéndose a la disciplina de la acción, los comunistas deben absolutamente reservarse el derecho y la posibilidad de expresar, no sólo antes y después, sino incluso durante la acción, sus opiniones sobre las organizaciones obreras, sin excepción [...] Los dirigentes de estas tres organizaciones internacionales (la II, la II y ½ y la de Amsterdam) han demostrado que cuando se trata de pasar de las palabras a los hechos, renuncian enteramente a la consigna de la unidad obrera. A continuación, la tarea precisa de la IC y de sus secciones será desvelar ante las masas la hipocresía de los dirigentes obreros que prefieren la unión con la burguesía a la unidad de los trabajadores revolucionarios [...] El rechazo a nuestras propuestas no nos hará renunciar a la táctica que preconizamos [...] Si nuestras propuestas son rechazadas habrá que informar al mundo obrero a fin de que sepa quienes son los destructores reales de la unidad del frente proletario. Si nuestras propuestas son aceptadas, nuestro deber es acentuar y profundizar las luchas emprendidas [...]"

Como puede comprobarse en estos extractos, se ha producido un cambio radical en el análisis de la situación del movimiento obrero, aunque persistan las apreciaciones a la vez objetivistas ("toda acción sería... llevará fatalmente...") y subjetivistas ("la fe en el reformismo

DESDE EL III CONGRESO [...] TROTSKY SE DISTINGUÍA POR PLANTEAR DE UN MODO PARTICULARMENTE CRUDO LA NECESIDAD DE LA POLÍTICA DE FU: AFIRMÓ QUE HACÍA FALTA UNA “ESTRATEGIA DE RETIRADA TEMPORAL” [...], LA AUSENCIA DE VICTORIAS REVOLUCIONARIAS HABÍA PROVOCADO UN AUMENTO DE LA CREDIBILIDAD REFORMISTA. ESTE PLANTEAMIENTO NOS PARECE MÁS CLARO QUE EL QUE APARECÍA EN LOS TEXTOS OFICIALES DE LA INTERNACIONAL

está prácticamente extinguida”). Pero los elementos fundamentales de la política de FU —como política destinada a organizar la acción unitaria del conjunto del movimiento obrero en la lucha defensiva y en la cual la batalla contra el reformismo se da dentro de la acción misma y a partir de la experiencia de ella— está diseñada claramente. Queda una cierta ambigüedad en varios puntos (además de los problemas existentes respecto a la caracterización de la situación del movimiento obrero a que nos hemos referido antes), en especial, la relación de fuerzas que los comunistas deben tener para poder realizar eficazmente esta política. Trotsky abordó este problema en un discurso ante el CEI ampliado de febrero de 1922.

Desde el III Congreso, en sus discursos ante diversos organismos de la Internacional, Trotsky se distinguía por plantear de un modo particularmente crudo la necesidad de la política de FU: afirmó que hacía falta una “estrategia de retirada temporal” a causa de los cambios en la situación internacional y en la conciencia de los trabajadores, en los cuales la ausencia de victorias revolucionarias había provocado un aumento de la credibilidad reformista. Este planteamiento nos parece más claro que el que aparecía en los textos oficiales de la Internacional.

En la reunión del CEI ampliado, Trotsky intervino para polemizar con los adversarios de la política de FU, los delegados italianos, franceses y españoles. Terracini era la cabeza visible de esta oposición: estaba en contra de las luchas por reivindicaciones parciales (“¿Qué consigna ha lanzado el partido italiano en los últimos meses, en cada ocasión? La imposibilidad de realizar luchas parciales y la importancia de guiar al proletariado a la acción general. Cada vez que los líderes socialdemócratas intentan desarrollar acciones parciales, en interés de algún problema concreto, nos oponemos y les hemos recordado que este problema deben formularlo en un ámbito más general”); también contra la unidad de acción con los partidos socialdemócratas (“Para llegar a una acción común sería necesario que los socialdemócratas abandonaran algo de su programa o que

PARA TROTSKY LA FUNCIÓN DE LA POLÍTICA DE FU ESTABA AQUÍ: ERA PUES UNA POLÍTICA QUE REQUERÍA UNA PREVIA ACUMULACIÓN DE FUERZAS MILITANTES. EL PROBLEMA PLANTEADO TIENE UNA ENORME IMPORTANCIA, PORQUE LA GRAN MAYORÍA DE LAS SECCIONES DE LA INTERNACIONAL DE LA ÉPOCA ESTABAN MUY LEJOS DE UNA RELACIÓN DE FUERZAS

los comunistas renuncien al suyo”) y consideraba que la propaganda era suficiente para conquistar la “casi-mayoría” de los trabajadores. Trotsky concentró la polémica en este punto. Tras ironizar sobre la pintoresca expresión “casi-mayoría”, indicando que “en ruso” eso significaba “minoría”, tomó como punto de partida la hipótesis de que los comunistas hubieran ganado ya, gracias a la propaganda, a los 3/7 del proletariado; faltaba aún por ganar los otros 4/7. Y concluyó que los métodos utilizados para ganar a los 3/7, no valdrán para ganarse al resto. Para Trotsky la función de la política de FU estaba aquí: era pues una política que requería una previa acumulación de fuerzas militantes. El problema planteado tiene una enorme importancia, porque la gran mayoría de las secciones de la Internacional de la época estaban muy lejos de una relación de fuerzas de “3/7”, es decir, de una influencia significativa de masas, aunque minoritaria respecto a los reformistas. Y se corría el riesgo de gran parte de los debates y las elaboraciones sobre el FU no sirvieran a las tareas de acumulación inicial de cuadros, que no pueden resolverse solamente con la propaganda. Pensamos que ésta es una de las causas de la muy escasa experiencia práctica que se va a hacer de la política de FU y de las confusiones que persistirán sobre ella.

Efectivamente, cuando se llega al IV Congreso el bagaje de experiencias de FU es casi inexistente y cuando se ha conseguido algún resultado, ha sido pobre y poco duradero: éste es el caso de la reunión de las tres internacionales de abril de 1922 que sólo produjo un comunicado de compromiso sin mayor transcendencia. Además, poco después, la Internacional 2 y ½ se reintegraba a la II Internacional. Los avances en la política de FU en el IV Congreso van a darse en el terreno teórico, extendiendo el giro político que ha dado la IC a la elaboración programática.

Vimos anteriormente que en el I y II Congreso de la IC se había realizado una definición programática limitada a los grandes principios marxistas y que esto era coherente con las concepciones sobre la posibilidad “inmediata” de la toma del poder y el carácter funda-

mentalmente “ofensivo” de la acción de los comunistas. A partir del giro político que ha supuesto la política de FU era necesario plantearse desde un punto de vista muy diferente la cuestión del programa: no se podía tratar ya simplemente de “despertar” a las masas, sino de conducir las desde las luchas inmediatas, defensivas, hasta la lucha por el poder, aunque se seguía considerando, como hemos visto, que la transición entre unas o otra sería muy rápida.

En un artículo publicado en julio de 1922, Radek comienza a abordar, con el enfoque polémico que le caracteriza, el problema: “La época de la revolución que, a escala mundial, durará probablemente decenios, hace imposible por su misma duración, que se le responda con una perspectiva general. Esto sitúa a los PCs frente a una serie de cuestiones concretas que han sido resueltas hasta ahora de un modo empírico. Se trata de cuestiones económicas y políticas como, por ejemplo, la actitud hacia la defensa de la democracia burguesa [...]. Detrás de estas cuestiones se encuentra el problema del carácter de la fase actual de la revolución mundial, es decir, la cuestión de saber si debemos plantear reivindicaciones transitorias, que no son en modo alguno la concreción de la dictadura del proletariado, como lo eran por ejemplo las reivindicaciones concretas del programa de “Spartacus”, sino reivindicaciones que deben llevar a la clase obrera a una lucha que, solamente después de haber sido profundizada y generalizada, podrá llegar a ser la lucha por la dictadura del proletariado”.

Pero el encargado de escribir el proyecto de programa de la IC era Bujarin, el considerado “teórico” de la dirección, que había quedado bastante al margen de las discusiones políticas decisivas de aquellos momentos, en particular, la discusión sobre el FU. Bujarin presentó un texto bastante clásico, dividido en cuatro capítulos (-la esclavitud capitalista; -la emancipación de los obreros y el orden social comunista; -el derrocamiento de la burguesía y la lucha por el comunismo; -la vía hacia la dictadura del proletariado). El contenido de cada capítulo se centraba en las cuestiones de principios, dejando de lado

particularmente las cuestiones ligadas a la transición hacia la lucha por el poder. Bujarin consideraba que el programa debía contener una sección sobre este tipo de problemas que él llamaba “cuestiones de táctica” que podrían cambiarse “cada quince días si fuera necesario”. Utilizaba una metáfora que aclara más aún sus concepciones: esta sección debía ser una especie de “habitación separada donde estuvieran permitidos todos los pecados”. Este “tacticismo” tenía una base política: Bujarin rechazaba una definición programática coherente con la situación defensiva existente, porque pensaba que ésta sería puramente episódica y que rápidamente habría que pasar de nuevo a la ofensiva, según el enfoque del I y II Congreso.

Fue el comunista alemán Thalheimer el que defendió con más fuerza la posición alternativa:

“La diferencia específica entre nosotros y los socialistas reformistas no está en que nosotros queramos sacar de nuestro programa las reivindicaciones de reformas, cualquiera que sea el nombre que se les dé, para ponerlas en una ‘habitación separada’. Consiste en que nosotros situamos estas reivindicaciones transitorias, estas consignas transitorias en la más íntima relación con nuestros principios y nuestros objetivos [...] Debemos aprender a leer la realidad. Yo afirmo que el peligro de oportunismo está precisamente en el lado opuesto del que cree el camarada Bujarin: está en la elección de las vías que, a partir de una situación dada, conducen al socialismo, a la dictadura del proletariado”.

En el IV Congreso, esta discusión se resolvió a favor de las posiciones de Thalheimer gracias a que, una vez más, Lenin echó su autoridad en la balanza presentando una resolución de la delegación rusa (Lenin, Trotsky, Zinoviev, Radek y el propio Bujarin, que rectificó sobre la marcha) favorable a la inclusión de las “reivindicaciones transitorias” en el programa.

Pero desde este debate hasta 1928, el programa salió de los debates de fondo de la IC, quedando a cargo de una comisión presidida por el propio Bujarin. Cuando finalmente el VI Congreso discutió y

EL DEBATE DE PROGRAMA SE CONCRETÓ EN LA DISCUSIÓN SOBRE EL “GOBIERNO OBRERO”, DISCUSIÓN DE UNA IMPORTANCIA EXCEPCIONAL, NO TANTO EN EL TERRENO TEÓRICO, SINO EN EL PRÁCTICO, PORQUE FUE DETERMINANTE EN LA LÍNEA APLICADA POR EL KPD ALEMÁN EN LA QUE ES PROBABLEMENTE LA REVOLUCIÓN MÁS DECISIVA DE ESTE SIGLO: EL 23 ALEMÁN, CUYO FRACASO DETERMINÓ EL CURSO DE LA HISTORIA CONTEMPORÁNEA

aprobó el programa no queda en él nada de los avances realizados en el IV Congreso. El programa codificará las concepciones políticas estalinistas, sin ninguna aportación válida para los problemas de estrategia revolucionaria en Occidente que estamos estudiando. La crítica marxista clásica a este programa se encuentra en el texto de Trotsky *La internacional comunista después de Lenin*.

El debate de programa se concretó en la discusión sobre el “gobierno obrero”, discusión de una importancia excepcional, no tanto en el terreno teórico, sino en el práctico, porque fue determinante en la línea aplicada por el KPD alemán en la que es probablemente la revolución más decisiva de este siglo: el 23 alemán, cuyo fracaso determinó el curso de la historia contemporánea. Nos detendremos pues en este debate.

En el otoño de 1921, el KPD había asumido ya las bases de la política de FU que en Alemania tenían un contenido práctico inmediato por existir una batalla abierta por la hegemonía en el movimiento obrero entre dos poderosos partidos de masas: el KPD y el SPD. Además, una coalición parlamentaria entre ambos partidos planteaba como una perspectiva realista un “gobierno obrero” en todo el Reich. Y, en fin, en algunas regiones importantes, como Sajonia y Turingia, existía la posibilidad de la entrada de los comunistas en gobiernos de dirección socialdemócrata, ejercido en el caso de Sajonia por el “ala izquierda” del partido.

En octubre, el SPD propuso al KPD y al USPD la constitución de un gobierno de coalición, que para obtener la mayoría parlamentaria, debía conseguir la “tolerancia” de algún partido burgués. El SPD preguntó al KPD si estaría dispuesto a participar en dicho gobierno y ante la negativa del KPD se cortaron las negociaciones.

Mientras, en Sajonia, el KPD apoyaba desde fuera el gobierno regional del SPD, incluso al precio de votar leyes con las que no estaba de acuerdo, para evitar la caída del gobierno. En Turingia, ante problemas parecidos, la organización regional del partido actuaba en sentido contrario.

Tratando de homogeneizar la política del partido y de profundizar en el tema, *“Rote Fahne”*, portavoz del KPD, publicó pocos días después un editorial en el que se mostraba favorable a apoyar un “gobierno obrero” que se apoyara en la movilización extraparlamentaria de los trabajadores, y explicaba esta posición así: “La lucha por un gobierno puramente socialista [el significado de esta expresión equivale a “gobierno sin partidos burgueses”] nos conducirá a tan graves luchas que podría acelerarse la evolución y este gobierno podría encontrar formas que facilitasen simplemente el apoyo [el editorial alude implícitamente a la posibilidad de participación gubernamental del KPD; la fórmula elíptica que utiliza es significativa del carácter “tabú” que tenía esta cuestión].

Poco más tarde, el Comité Central (CC) del KPD precisa y en parte corrige la posición del editorial: a un posible gobierno obrero nacional se le consideraba “muralla de protección de la burguesía” y respecto a él sólo se admitía “la necesidad de aliviarle de peso en su lucha contra la derecha”. La postura respecto a los gobiernos regionales era más positiva, pero sin admitir tampoco la posibilidad de participación en ellos.

Radek, encargado de la IC para las relaciones con el KPD, criticó estas posiciones en una carta dirigida al CC. Afirmaba que el partido debía mantener una actitud positiva hacia el “gobierno obrero”, influir a las masas en su favor “y no intentar de antemano convencerlas de que todo esto es una tontería que realizamos junto con ellas considerando únicamente su ignorancia”. Y añadía: “El gobierno de los consejos puede obtenerse por la fuerza tanto en la revolución contra el gobierno burgués como en la lucha de los obreros que se desarrolla en defensa del gobierno socialista creado por vía democrática, si lo hace defendiendo con honor los intereses de la clase obrera contra el capital”. Radek informaba de que ésta era su posición personal, pero que Lenin la compartía, aunque estaba “poco informado” de la situación alemana.

Al poco tiempo, en un artículo público, Radek llevaba su posición mucho más lejos: “la clase obrera marchará por vía democrática tanto

tiempo como sea necesario, hasta que consiga por vía democrática la mayoría parlamentaria; entonces implantará un gobierno obrero y a base de las experiencias que ésta tenga de la lucha que, con la ayuda de los derechos democráticos, la burguesía iniciará contra él, se verá obligado a iniciar la lucha por la dictadura". Es sorprendente que uno de los dirigentes centrales de la IC de esta época defina un esquema para la toma del poder, en el que ocupa un lugar estratégico la constitución de un gobierno obrero parlamentario. El propio Radek, rectificaría poco tiempo después sus opiniones, cosa que hacía con relativa frecuencia. Pero este tipo de posiciones dan una idea de la búsqueda estratégica en que se encontraban los comunistas y el carácter abierto que tenía la discusión, llena de tanteos y aproximaciones sucesivas.

Finalmente, en enero de 1922 el CC del KPD aprobó una resolución que contienen la línea con la que el partido abordaría, en este aspecto, la revolución del 23: "Partiendo del conocimiento de que el gobierno obrero... representa una posibilidad de ampliación del poder político del proletariado (por ejemplo, disolviendo grupos contrarrevolucionarios legales o ilegales, transformando la justicia y la policía en órganos de clase del proletariado, poniendo en libertad a los revolucionarios condenados, ampliando los derechos de los consejos de empresa, etc.), el KPD está dispuesto, con ciertas condiciones, a entrar en el gobierno obrero, tanto en el Reich, como en los regionales. La entrada de los comunistas en esos gobiernos obreros depende de la voluntad de lucha de las masas obreras y de los partidos que se apoyan en estas masas, así como de las posibilidades reales existentes de reforzar y ampliar el poder obrero".

Con estos antecedentes, el IV Congreso tuvo en el "gobierno obrero" uno de sus debates más polémicos. Zinoviev fue el encargado de hacer el informe de apertura de las discusiones que centró la polémica: para él "gobierno obrero" debía entenderse como un sinónimo de la dictadura del proletariado, una forma pedagógica, popular de hablar de ella. Esta tesis ocuparía un lugar central en los años

posteriores, en la etapa sectaria de la IC. Ahora, todavía Zinoviev la argumenta con cierta prudencia, pero rechazando claramente no sólo toda posibilidad de que un “gobierno obrero” eliminara la necesidad de la “guerra civil” en la lucha por el poder (en este aspecto había un acuerdo unánime en la IC), sino también su utilidad como “instrumento de transición”, útil para preparar las tareas de la lucha efectiva por el poder.

Intervinieron contra Zinoviev el comunista alemán Meyer y Radek, cuyas posiciones serían finalmente aceptadas por Zinoviev, por el mismo mecanismo que llevó a Bujarin a aceptar las posiciones de Thalheimer en el debate sobre el programa y, probablemente, con la misma inconsistencia, dado el curso de los acontecimientos posteriores.

Meyer afirmó: “El gobierno obrero se diferencia esencialmente de un gobierno socialdemócrata en que no lleva simplemente la etiqueta de una política socialista, sino que realiza en su práctica una política verdaderamente socialista-comunista. En este sentido, la base de un gobierno obrero no será una base parlamentaria, o sólo lo será de un modo secundario [...] El gobierno obrero no es la dictadura del proletariado. Es en primer lugar una consigna que presentamos para ganar y así convencer a los obreros de que la clase proletaria debe organizarse en un combate común contra la clase burguesa. Si esta consigna es seguida o aceptada por la mayoría de la clase obrera, aparecerá enseguida que el intento de realización de este gobierno obrero, al menos en la mayoría de los países que tienen una población fuertemente proletaria, conducirá, bien inmediatamente a la dictadura del proletariado, bien a fases prolongadas de luchas de clases muy agudizadas y, por consiguiente, a la guerra civil bajo todas sus formas”. Y Radek, “matizando” seriamente las posiciones que hemos visto antes, afirmará: “es claro que el gobierno obrero no es la dictadura del proletariado. Es uno de los puntos de partida posibles hacia ella [...] si desarrollamos en las masas la idea de que el gobierno obrero sólo sería una mierda si no se encuentran detrás de él obreros

PESE AL ACUERDO FINAL EN UNA RESOLUCIÓN BASTANTE BREVE Y PURAMENTE DESCRIPTIVA, ES CLARO QUE LA CUESTIÓN DEL “GOBIERNO OBRERO” NO ESTABA SUFICIENTEMENTE CLARIFICADA EN LA IC, COMO IBA A DEMOSTRARSE POCO TIEMPO DESPUÉS EN LA REVOLUCIÓN DEL 23

armados, que eligen comités, que empujan al gobierno hacia delante y no le permiten hacer compromisos con la derecha, entonces el gobierno obrero será un punto de partida para la lucha por la dictadura del proletariado”.

Pese al acuerdo final en una resolución bastante breve y puramente descriptiva, es claro que la cuestión del “gobierno obrero” no estaba suficientemente clarificada en la IC, como iba a demostrarse poco tiempo después en la revolución del 23.

Así, con mucha confusión, con contradicciones, pero también con avances reales, se cierra la etapa más creativa de la IC en la búsqueda de una estrategia revolucionaria en Occidente. Frente al “modelo ruso” de los primeros tiempos, se esboza ahora una estrategia que toma en consideración las relaciones de fuerzas reales en el movimiento obrero occidental, los problemas que plantea las tradiciones parlamentarias, el papel de las luchas defensivas y las reivindicaciones parciales, la necesidad de un programa y una estrategia de transición. Parafraseando a Radek, los PCs quieren aparecer ante los obreros no sólo como la vanguardia en la lucha por el poder, por la dictadura del proletariado, sino también como el “elemento unificador” de la clase en las luchas concretas.

La revolución del 23 probó, en la práctica de la mayor sección de la IC, fuera del Partido bolchevique, el KPD, las graves debilidades que permanecían en la estrategia comunista. La derrota del 23 sería el signo de un cambio profundo en la situación internacional y abriría una regresión política de dimensiones colosales en la IC.

II. LA REVOLUCIÓN ALEMANA DE 1923

El tratado de Versalles había impuesto a Alemania el pago de unas indemnizaciones de guerra colosales (y de hecho imposibles de pagar, como demostraría un entonces joven economista llamado Keynes).

El 11 de enero de 1923, el gobierno francés de Poincaré, con el apoyo del gobierno belga, invadió el Ruhr con el fin de obtener las indemnizaciones previstas mediante el producto del trabajo de esta región, el principal bastión industrial de Alemania. Esta acción se apoyaba en las cláusulas del tratado de Versalles para el caso de impago de las indemnizaciones. El presidente del Reich, Cuno, con el apoyo del Reichstag (Parlamento) llamó a la “resistencia pasiva” en la región: sus habitantes debían negarse a obedecer las órdenes del ocupante.

Las tropas de ocupación respondieron con multas y detenciones, incluso de grandes industriales. Se produjo una fuerte reacción nacionalista en la región, expresada sobre todo en actos de sabotaje. Los obreros realizaban la huelga y recibían un subsidio gubernamental. La primera reacción del KPD fue apoyar la huelga obrera y participar plenamente en ella, pero sin dar ninguna confianza al gobierno Cuno. En Moscú se seguían muy de lejos los acontecimientos alemanes: entonces se vivía bajo el temor del desencadenamiento de una guerra por el gobierno británico de Lloyd George.

Entre tanto, la ocupación y la “resistencia pasiva” en el Ruhr habían provocado una desorganización completa de la economía alemana, uno de cuyos peores efectos era una inflación galopante: en abril de 1922, un dólar equivalía a 100 marcos; en agosto del 23 equivalía a 4.600.000 marcos. Las peores víctimas de la inflación eran los jubilados y pensionistas y la pequeña burguesía urbana. Los obreros pudieron resistir algún tiempo pero rápidamente los salarios fueron devorados por la inflación. Las organizaciones obreras se veían también afectadas por la crisis en su funcionamiento; los grandes sindicatos aparecían incapaces de hacer frente a la situación; los obreros los abandonaban por centenares de miles y se reconocían cada vez más en los comités o consejos de fábrica. Se multiplicaban las huelgas

y manifestaciones, dirigidas claramente contra los patrones y el gobierno.

Los fascistas crecían en algunas regiones, particularmente en Baviera.

El 29 de julio, el KPD tomó la iniciativa de una “jornada antifascista” que fue prohibida por todos los gobiernos regionales, entre ellos el de Prusia cuyo ministro del Interior era socialdemócrata, salvo los de Sajonia y Turingia. La dirección del KPD, tras largas discusiones, aceptó las prohibiciones.

Pocos días después, la situación se agravó, pillando de sorpresa al KPD. El 8 de agosto, Cuno pidió un voto de confianza en el Parlamento. La reacción obrera fue inmediata, con una cadena de huelgas por todo el país, enfrentamientos con la policía, ocupaciones de fábricas, etc. El 11 de agosto, una asamblea de los comités de la región de Berlín lanzó el siguiente programa de reivindicaciones: 1. dimisión inmediata del gobierno Cuno; 2. constitución de un gobierno obrero y campesino; 3. requisas de víveres y reparto equitativo bajo el control de las organizaciones obreras; 4. reconocimiento oficial inmediato de los comités de control obrero; 5. anulación de la prohibición de las centurias proletarias (organizaciones obreras armadas de autodefensa); 6. establecimiento inmediato de un salario mínimo horario de 60 pfening-oro; 7. empleo de todos los parados en la producción; 8. Anulación del Estado de emergencia y de la prohibición de manifestaciones; 9. Liberación inmediata de los presos políticos obreros. Obviamente, el programa reflejaba la creciente influencia del KPD en las empresas.

El 11 de agosto Cuno dimitió. El 12 se formó el gobierno dirigido por Stresemann, presidente del *Volkspartei*, el partido de la burguesía industrial, con participación del SPD. Entre las primeras medidas del gobierno estuvo poner fin a la “resistencia pasiva”, prometer un salario-oro a los trabajadores para protegerlos de la inflación y ciertas medidas contra los fascistas. Pero este tipo de medidas hubieran sido totalmente insuficientes para empezar a afrontar la crisis sin la ayuda del capitalismo americano, que comprendió la necesidad de

EL KPD MULTIPLICABA SUS EFECTIVOS. EN EL VERANO PUEDE DECIRSE QUE ESTABA MUY CERCA, O TENÍA YA CON ÉL A LA MAYORÍA DEL PROLETARIADO: AL MENOS ERA UNA MUY FUERTE MINORÍA DENTRO DE LOS SINDICATOS Y PROBABLEMENTE ERA MAYORITARIO ENTRE LOS OBREROS NO SINDICADOS Y EN LOS COMITÉS (HABÍA OBTENIDO LA MAYORÍA EN MÁS DE 2.000, ENTRE ELLOS LOS DE LAS GRANDES FÁBRICAS). ESTOS EXCELENTES RESULTADOS DE RECLUTAMIENTO ERAN EL PRODUCTO DE LA APLICACIÓN RIGUROSA DE LA LÍNEA DE FRENTE ÚNICO Y PROPAGANDA POLÍTICA GENERAL, QUE HABÍA SIDO EXPUESTA CLARAMENTE POR BRANDLER A PRIMEROS DEL 23

evitar a todo precio la revolución en Alemania. El instrumento utilizado fue el plan Dawes, cuya medida fundamental era un préstamo al gobierno alemán de 800 millones de marcos-oro. Pero para que los objetivos del plan funcionaran era preciso que el gobierno Stresemann consiguiera antes poner fin a la crisis revolucionaria que existía al menos desde la Huelga General contra Cuno.

En la clase obrera se había producido un profundo giro a la izquierda. En Sajonia el congreso regional del SPD había sido ganado por el "ala de izquierda" con $\frac{3}{4}$ partes de los votos. Se decidió romper la coalición con el Partido Demócrata y abrir negociaciones con el KPD. El acuerdo se firmó el 10 de octubre, entrando en el gobierno tres ministros comunistas, entre ellos Brandler. Otro tanto ocurría en Turingia el 16 de octubre.

El KPD multiplicaba sus efectivos. En el verano puede decirse que estaba muy cerca, o tenía ya con él a la mayoría del proletariado: al menos era una muy fuerte minoría dentro de los sindicatos y probablemente era mayoritario entre los obreros no sindicados y en los comités (había obtenido la mayoría en más de 2.000, entre ellos los de las grandes fábricas). Estos excelentes resultados de reclutamiento eran el producto de la aplicación rigurosa de la línea de frente único y propaganda política general, que había sido expuesta claramente por Brandler a primeros del 23: "para ganar la confianza de las masas necesitamos, en mi opinión, una serie de pequeños éxitos gracias a los cuales el proletariado alemán vea claramente que estos éxitos sólo se deben a la dirección inteligente, valerosa y seria del Partido Comunista". Se trataba pues de una línea para una situación "normal" que no consideraba ninguna tarea especial para una situación revolucionaria.

LA IC EMPEZÓ A PRESTAR ATENCIÓN A LOS ACONTECIMIENTOS ALEMANES A PARTIR DE LA HUELGA CONTRA CUNO. ALARMADA POR LA LÍNEA CONSIDERADA JUSTAMENTE COMO “ROUTINARIA” DE LA DIRECCIÓN DEL KPD DECIDIÓ INTERVENIR. SE LANZARON LLAMAMIENTOS A LA SOLIDARIDAD EN TODO EL MUNDO; SE ALERTÓ A LA CLASE OBRERA SOVIÉTICA; SE INICIARON RECOLECTAS DE TRIGO Y ORO PARA AYUDAR A LA REVOLUCIÓN ALEMANA Y SE CREÓ UNA COMISIÓN PARA LAS MEDIDAS DE PREPARACIÓN MILITAR DE LA INSURRECCIÓN (ENVÍO DE OFICIALES DEL EJÉRCITO ROJO A ALEMANIA; ENTRENAMIENTO MILITAR DE LAS CENTURIAS; ORGANIZACIÓN DE LAS TAREAS HACIA EL EJÉRCITO Y LA POLICÍA, ETC...)

La IC empezó a prestar atención a los acontecimientos alemanes a partir de la huelga contra Cuno. Alarmada por la línea considerada justamente como “rutinaria” de la dirección del KPD decidió intervenir. Se lanzaron llamamientos a la solidaridad en todo el mundo; se alertó a la clase obrera soviética; se iniciaron recolectas de trigo y oro para ayudar a la revolución alemana y se creó una comisión para las medidas de preparación militar de la insurrección (envío de oficiales del Ejército Rojo a Alemania; entrenamiento militar de las centurias; organización de las tareas hacia el ejército y la policía, etc...).

Una delegación de la dirección del KPD, de la que formaron parte Brandler y representantes de la “izquierda” del partido fue llamada a Moscú, con el objetivo de elaborar un plan para la insurrección, incluyendo el conjunto de las tareas militares e incluso, ante la insistencia de Trotsky, principal defensor de este planteamiento, la fecha de la insurrección, que fue fijada para el 7 de noviembre. Brandler se dejó convencer, aunque parece haber tenido dudas sobre el éxito del plan.

En su aspecto político, el plan consistía en la puesta en práctica de una de las posibilidades que se discutieron durante los debates del IV Congreso sobre el “gobierno obrero”: la entrada en el gobierno de Sajonia para, apoyándose en su autoridad (Brandler era el responsable de la policía regional) armar a los trabajadores y llamar a la Huelga General en todo el país contra el gobierno de Stresemann. Pero lo fundamental de los esfuerzos se centraron, como queda dicho, en la preparación militar de la insurrección.

Pero el 26 de septiembre, tomando como pretexto una revuelta fascista en Baviera, el gobierno Stresemann decretó el Estado de sitio en toda Alemania, nombrando de paso al general Muller como comandante militar en Sajonia. Al día siguiente de la entrada de los comunistas en el gobierno, Muller exigió al gobierno regional la diso-

lución de las centurias obreras. El gobierno ni respondió a Muller, ni armó a los trabajadores. El día 20, las tropas de la Reichswehr entran en Sajonia con el pretexto de “proteger” al gobierno frente a una su-puesta amenaza fascista desde Baviera.

Al día siguiente se reunía en Chemnitz, una de las ciudades “rojas” de Alemania, una Conferencia de los consejos obreros de Sajonia. Ahora el plan era que la Conferencia asumiera el llamamiento a la Huelga General. El KPD tenía preparados “correos” para transmitir inmediatamente la convocatoria a todas las regiones, que sería considerada como la señal para el comienzo de la insurrección.

En la conferencia, sobre 500 delegados había 140 representando a comités de fábrica, 122 a organizaciones sindicales, 79 a comisiones de control obrero, 15 a comités de acción, 16 a comités de parados, 66 a organizaciones del KPD, 7 a organizaciones del SPD y 1 al USPD. Pero cuando Brandler hizo su propuesta, el ministro de Trabajo, socialdemócrata de izquierda, Graupe, consideró que la propuesta equivalía a que la Conferencia se arrogara competencias que correspondían al Parlamento regional, amenazó con abandonar la sala si la propuesta de Brandler era sometida a votación y propuso como alternativa que se creara una comisión paritaria SPD-KPD para estudiar el problema y someter sus conclusiones a la Conferencia antes de su clausura. Brandler retiró su propuesta y se adoptó por unanimidad la de Graupe. Las conclusiones de la comisión fueron elegir otra comisión que siguiera estudiando el problema. La dirección del KPD decidió aquella misma noche abandonar el plan de la Huelga General y la insurrección. Sólo en Hamburgo los comunistas empezaron la insurrección, que sería aplastada. Larisa Reisner (*Hamburgo en las barricadas y otros escritos sobre la Alemania de Weimar*, Ed. Era, México, 1981) ha escrito sobre esta insurrección algunas de las páginas más hermosas y emocionantes que pueden leerse sobre las luchas de los trabajadores (datos tomados especialmente de Pierre Frank, *Histoire de l'Internationale Communiste (1919-1943)*, Ed. La Brèche, París, 1979).

III. BALANCE DE LA DERROTA DEL 23 Y CRISIS DE LA POLÍTICA DE FU

1. El balance de la derrota del 23

El 23 alemán fue la última carta para realizar las posibilidades revolucionarias de la situación abierta con el Octubre ruso. Quizás la conciencia de este carácter de “última carta” ayude a comprender cómo trató de intervenir en ella la dirección de la IC. Pero en cualquier caso, la derrota planteó un giro de la situación mundial: las perspectivas revolucionarias sólo reaparecerán en Europa a principios de los años 30. Además, la derrota significaba un fracaso de la dirección de la IC y de su sección más importante fuera de Rusia. Como suele ocurrir con los fracasos, se produjo una durísima batalla política que ni ayudó a hacer un buen balance de la experiencia alemana, ni permitió rectificar adecuadamente la línea política, sobre la base de sus lecciones. Además, hay que tener en cuenta que ya había comenzado la batalla fraccional en el partido ruso y que esta batalla influía fuertemente en las posiciones políticas que los jefes de las fracciones adoptaban en el debate internacional. La muerte de Lenin pocos meses después agravaría más aún la crisis de dirección del partido y de la Internacional.

No creemos interesante, para los objetivos que nos hemos planteado, describir el debate de balance del 23, cuyas aportaciones políticas son muy escasas; además, con el paso del tiempo algunos de sus protagonistas, empezando por Trotsky, rectificaron las opiniones que habían expresado “en caliente”. En cambio, sí es conveniente resumir en cuatro puntos los problemas estratégicos más importantes aparecidos en el 23.

En primer lugar, sobre los problemas del KPD y de su dirección, que fue víctima propiciatoria sobre la que cargaron la responsabilidad

EL 23 ALEMÁN FUE LA ÚLTIMA CARTA PARA REALIZAR LAS POSIBILIDADES REVOLUCIONARIAS DE LA SITUACIÓN ABIERTA CON EL OCTUBRE RUSO. QUIZÁS LA CONCIENCIA DE ESTE CARÁCTER DE “ÚLTIMA CARTA” AYUDE A COMPRENDER CÓMO TRATÓ DE INTERVENIR EN ELLA LA DIRECCIÓN DE LA IC. PERO EN CUALQUIER CASO, LA DERROTA PLANTEÓ UN GIRO DE LA SITUACIÓN MUNDIAL: LAS PERSPECTIVAS REVOLUCIONARIAS SÓLO REAPARECERÁN EN EUROPA A PRINCIPIOS DE LOS AÑOS 30

de todos los errores, desde Trotsky a Zinoviev, hasta el punto de que “brandlerismo” se convirtió en un epíteto de la época, tanto de los “trotskistas”, como de los “estalinistas”. Es cierto que una situación revolucionaria pone a prueba no sólo una estrategia, sino además, y sobre todo, a un partido. O, dicho de otro modo, la situación revolucionaria pone sobre la mesa los problemas de la puesta en práctica de la estrategia, problemas que no pueden resolverse por la elaboración y formación teórica del partido. No hay ninguna razón para pensar que a principios del 23 el KPD tuviera una comprensión de la estrategia revolucionaria inferior, o más débil que la de la dirección de la Internacional en su conjunto. Pero el KPD era un partido que vivía desde su fundación, y aún desde su prehistoria en la revolución del 19, una vida interna determinada por las luchas fraccionales y los bandazos de línea que suelen provocar estas situaciones. Había sido pionero del FU con la “Carta abierta” a principios del 21; había pasado inmediatamente después a una línea putschista, bajo la influencia de la IC, en la “Acción de Marzo”; había sufrido inmediatamente una grave crisis interna, con la expulsión de Levi; volvió a girar después del III Congreso hacia una política de FU que, finalmente parecía comenzar a dar resultados en el trabajo cotidiano del partido. Esta experiencia tumultuosa se deba además en el país que tenía la situación política más compleja de la Europa de la época. En el verano del 23, sobre todo por la situación creada por la Huelga General y la caída de Cuno, el KPD se vio enfrentado a una crisis revolucionaria, es decir, a la posibilidad concreta e inmediata de plantear la lucha por el poder. En una situación como ésta, el problema decisivo no es ya la estrategia (en el supuesto de que ésta tenga un carácter revolucionario, como era el caso del KPD) sino la táctica del partido comunista: en este terreno, la experiencia de los bolcheviques entre febrero y octubre del 17 sí puede tomarse como ejemplo. Los problemas de los “pequeños éxitos”, que decía Brandler, del reclutamiento, de la propaganda... del “trabajo normal”, ya no cuentan. Lo único que cuenta es ganar a la mayoría de la nación para la destrucción del Estado

ES CIERTO QUE UNA SITUACIÓN REVOLUCIONARIA PONE A PRUEBA NO SÓLO UNA ESTRATEGIA, SINO ADEMÁS, Y SOBRE TODO, A UN PARTIDO. O, DICHO DE OTRO MODO, LA SITUACIÓN REVOLUCIONARIA PONE SOBRE LA MESA LOS PROBLEMAS DE LA PUESTA EN PRÁCTICA DE LA ESTRATEGIA, PROBLEMAS QUE NO PUEDEN RESOLVERSE POR LA ELABORACIÓN Y FORMACIÓN TEÓRICA DEL PARTIDO

burgués existente, en este caso la República democrática de Weimar, y extender o crear los organismos de masas adecuados a este fin. Es verdad que la dirección del KPD fue incapaz de resolver estos problemas, pero la dirección de la IC, por otras razones, también lo fue.

En la dirección de la IC había una profunda desconfianza hacia la dirección del KPD, sobre todo por parte de Trotsky (que llegó a decir en el mes de septiembre ante la dirección del partido ruso que la “dirección del KPD no vale nada” y que por ello “la revolución alemana está destinada a perecer”). Esta desconfianza puede ayudar a entender la intervención tardía y “sustituísta” de la dirección de la IC en la organización de la revolución a partir de agosto. Pero lo que nos interesa destacar es el contenido de la intervención, limitada prácticamente a los aspectos militares y dejando en un segundo plano, en el mejor de los casos, los aspectos políticos que eran los determinantes. Esta línea no es coherente con los avances políticos que parecía haber supuesto el IV Congreso en cuanto a la comprensión de los problemas específicos de la revolución en Occidente y significa un regreso, en cierto modo, al “modelo ruso”, incluso en el aspecto de establecer en Moscú hasta la fecha de la insurrección. Considerar que el crecimiento espectacular de la influencia del KPD equivalía a la posibilidad de contar con una “mayoría nacional” para la lucha por el poder (que, insistimos, significaba en Alemania, destruir las instituciones democrático-burguesas de Weimar, en una batalla frontal no sólo contra una burguesía ya relativamente recuperada, al menos en su capacidad de maniobra política, de los efectos de la guerra, sino también, y sobre todo, contra el poderoso SPD) era un cálculo seriamente equivocado: se daban por resueltos los problemas que justamente había que resolver. En agosto existieron probablemente las condiciones más propicias para ello, pero el KPD las dejó pasar. En septiembre, las condiciones eran mucho peores y la IC pretendió resolverlas con criterios más próximos a la “teoría de la ofensiva” que a la línea del IV Congreso (en la cual, por otra parte, como señalamos en su momento, había muchos puntos todavía débiles o confusos).

CONSIDERAR QUE EL CRECIMIENTO ESPECTACULAR DE LA INFLUENCIA DEL KPD EQUIVALÍA A LA POSIBILIDAD DE [REDACTED] CONTAR CON UNA “MAYORÍA NACIONAL” PARA LA LUCHA POR EL PODER (QUE, SIGNIFICABA [...] DESTRUIR LAS INSTITUCIONES DEMOCRÁTICO-BURGUESAS DE WEIMAR, EN UNA BATALLA FRONTAL NO SÓLO CONTRA UNA BURGUESÍA YA [REDACTED] RELATIVAMENTE RECUPERADA, [...]), DE LOS EFECTOS DE LA GUERRA, SINO TAMBIÉN, Y SOBRE TODO, CONTRA EL [REDACTED] PODEROSO SPD) ERA UN CÁLCULO SERIAMENTE EQUIVOCADO

El tercer tipo de problemas se refiere al esquema de FU aplicado. Estamos ante una cuestión de la máxima importancia, porque el 23 va a ser la única aplicación práctica significativa que ha tenido lugar en Occidente de la política de FU en condiciones revolucionarias y también porque el fracaso del 23 sirvió como base teórica para que la IC formulara la política llamada de “FU por abajo”, degeneración sectaria de la línea del IV Congreso. Trataremos este problema en varios aspectos.

2. Sobre el “gobierno obrero” y la entrada en el gobierno regional de Sajonia

Se recordará que en las discusiones del IV Congreso sobre el gobierno obrero una de las pocas situaciones en que se consideraba aceptable la participación gubernamental comunista en la sociedad burguesa era en un gobierno regional y con el objetivo de utilizarlo para armar a los trabajadores y combatir desde él al gobierno nacional. Esta posibilidad se presentó concretamente en Alemania a mediados del 23; puede entenderse por tanto que fuera utilizada. Además, la “socialdemocracia de izquierdas” había evolucionado realmente hacia la izquierda (su principal dirigente Zeigner definió el gobierno de coalición con el KPD como un “gobierno de defensa republicana y proletaria”) y probablemente existía en Sajonia una fuerte presión de masas por la entrada en el gobierno del KPD. Que Brandler fuera el responsable de la policía, integrada mayoritariamente por militantes socialdemócratas, es un indicio del grado de confianza interna que había en la coalición.

Podía pensarse que estábamos ante una aplicación impecable de la política de FU. Pero en realidad fallaba un aspecto esencial. El contenido de la política de FU, sus objetivos, debían ser las tareas concretas necesarias para la acción unida de los trabajadores en una situación determinada. El KPD no entraba en el gobierno a “gobernar”, a hacer una gestión de los asuntos públicos más favorable

EL 23 ALEMÁN ES UNA PRUEBA CONTUNDENTE DE ALGO QUE HA DEMOSTRADO POSTERIORMENTE LA HISTORIA EUROPEA DE UNA MANERA ABRUMADORA: LA DIRECCIÓN BURGUESA NO SE DEJA “ENGAÑAR” CUANDO LLEGA UNA CRISIS REVOLUCIONARIA; OYE NÍTIDAMENTE LA SEÑAL DE ALARMA Y TOMA LA INICIATIVA

a los trabajadores: entraba a preparar una insurrección. Más aún, cualquiera que fueran sus intenciones, la burguesía alemana iba a considerar la entrada del KPD en el gobierno como una amenaza revolucionaria inmediata e iba a responder a ella sin la menor duda y con toda rapidez. El 23 alemán es una prueba contundente de algo que ha demostrado posteriormente la historia europea de una manera abrumadora: la dirección burguesa no se deja “engañar” cuando llega una crisis revolucionaria; oye nítidamente la señal de alarma y toma la iniciativa. Se recordará que al día siguiente de la entrada del KPD en el gobierno, llega la orden del general Muller que busca golpear en el punto preciso para impedir la insurrección: la disolución de las centurias obreras. Una semana después llega la intervención militar, una vez hecha la comprobación de la incapacidad de reacción del gobierno.

La parálisis del gobierno demostraba que en este punto esencial —el armamento de los trabajadores y su conclusión natural: el llamamiento a la Huelga General en Alemania— no había acuerdo entre Zaigner y Brandler. Y puesto que los comunistas estaban en clara minoría lo más probable es que se aplicara la línea de Zeigner, como así ocurrió. Un punto fundamental de la táctica fallaba estrepitosamente: el gobierno no servía como instrumento de preparación de la insurrección. Se podía participar o no en él, pero no se debía considerar como la llave maestra del lanzamiento de la revolución.

En esta experiencia aparece un problema más general. El FU había sido definido como una política para una situación “defensiva” y apenas se había discutido sobre su papel en una política “ofensiva”, especialmente, para la lucha por el poder. La experiencia del 23 indica que lo que se produce en estas situaciones es una polarización política extrema entre el partido obrero que se coloca del lado del régimen existente y el partido obrero revolucionario, entre el SPD, su aparato central, y el KPD. La unidad no ocupa en este aspecto ningún papel. En cambio es decisivo que exista unidad “por abajo”, organismos que permitan la acción unida de la gran mayoría popular,

EL FU HABÍA SIDO DEFINIDO COMO UNA POLÍTICA PARA UNA SITUACIÓN “DEFENSIVA” Y APENAS SE HABÍA DISCUTIDO SOBRE SU PAPEL EN UNA POLÍTICA “OFENSIVA”, ESPECIALMENTE, PARA LA LUCHA POR EL PODER. [...] LO QUE SE PRODUCE EN ESTAS SITUACIONES ES UNA POLARIZACIÓN POLÍTICA EXTREMA [...]. LA UNIDAD NO OCUPA EN ESTE ASPECTO NINGÚN PAPEL

y en especial de la clase obrera, en condiciones de enfrentamiento frontal y de sus partidos mayoritarios. En la Revolución rusa este papel lo cumplieron los soviets. En la revolución alemana, Brandler trató a la desesperada en el último segundo que este papel lo cumplieran los consejos de fábrica. Es verdad que desarrollar estos organismos es una tarea decisiva en una situación revolucionaria y es parte integrante de la política de FU. Pero la política general de FU, en cuanto incluye la búsqueda de la unidad de acción de las organizaciones obreras en su conjunto, no puede aplicarse como tal en una situación revolucionaria.

3. Sobre la “legitimidad democrática” y su ruptura

En el verano del 23, el KPD tenía ganada la hegemonía de la clase obrera en la acción, pero no tenía aún la hegemonía, la dirección política para la lucha por el poder. La experiencia del 23 muestra que, en Occidente, entre una y otra hegemonía no existe relación directa, paso automático, ni siquiera en una situación revolucionaria. Queda un enorme obstáculo en medio de carácter político-ideológico (queda también, por supuesto, el problema material de organización de la insurrección, que fue, como hemos visto, el único que consideró la dirección de la IC): la ruptura de la “legitimidad democrática” del régimen burgués. Recordemos el argumento fundamental de Graupe en la Conferencia de Chemnitz: los consejos obreros se están “arrogando” competencias que corresponden al Parlamento regional, organismo elegido por sufragio universal, en el que además son mayoritarios los partidos obreros, que gobiernan juntos sobre la base de esa mayoría. El argumento de Graupe fue aceptado por unanimidad. Entre las críticas que se hicieron a Brandler en la IC está que no defendió la propuesta de convocar la Huelga General contra la posición de Graupe con “suficiente energía”. Es posible que fuera así, pero el problema fundamental no estaba en una dosis mayor o menor de

EN EL VERANO DEL 23, EL KPD TENÍA GANADA LA HEGEMONÍA DE LA CLASE OBRERA EN LA ACCIÓN, PERO NO TENÍA AÚN LA HEGEMONÍA, LA DIRECCIÓN POLÍTICA PARA LA LUCHA POR EL PODER. LA EXPERIENCIA DEL 23 MUESTRA QUE, EN OCCIDENTE, ENTRE UNA Y OTRA HEGEMONÍA NO EXISTE RELACIÓN DIRECTA, PASO AUTOMÁTICO, NI SIQUIERA EN UNA SITUACIÓN REVOLUCIONARIA

“energía”. El problema estaba en las conciencias de los delegados obreros en la Conferencia.

No tenemos la absurda pretensión de responder ahora en unas pocas líneas al problema más difícil de resolver de la estrategia revolucionaria en Occidente (a decir verdad, tampoco sabríamos responder a él en “muchas líneas”). Lo que podemos hacer es describir el problema que ocupó un papel fundamental en el 23: el enfrentamiento entre una legitimidad establecida, aunque esté en crisis, de carácter democrático-burgués y una legitimidad implícita, en construcción, embrionaria, inconsciente para la mayoría de sus protagonistas, de carácter revolucionario. Pensamos que se puede describir mejor el problema utilizando como ejemplo un tipo de lucha que se ha mostrado más capaz de resolver este problema que la lucha revolucionaria socialista: la rebelión contra la opresión nacional.

Una situación de opresión nacional asumida como tal por la mayoría de un pueblo tiene como efecto inmediato el debilitamiento o la ruptura de la legitimidad del poder opresor constituido, aunque éste sea de carácter democrático-burgués. El poder opresor es sentido como “extraño”, el sufragio universal en que se basa es el de “otro pueblo”. El simple hecho de “hablar” es una experiencia cotidiana de la identidad de un pueblo oprimido como algo diferente, alternativo a los opresores. En fin, la comunidad oprimida tiene formas naturales de organización, no necesariamente políticas y, en todo caso, no sólo políticas, que pueden prefigurar, no sólo en la lucha, sino en la vida cotidiana, una legitimidad alternativa. Este conjunto de condiciones facilita la resolución de la “batalla de legitimidades” (y, dicho sea entre paréntesis, no es una casualidad que en todas las revoluciones victoriosas del siglo XX, excepto la Revolución rusa, la cuestión nacional haya ocupado un papel decisivo). También es verdad que estas condiciones particulares de las luchas de liberación nacional oscurecen el problema de la naturaleza del poder a construir tras la victoria de la revolución, pero este problema se sale del campo de este texto.

EL PROBLEMA QUE OCUPÓ UN PAPEL FUNDAMENTAL EN EL 23: EL ENFRENTAMIENTO ENTRE UNA LEGITIMIDAD ESTABLECIDA, AUNQUE ESTÉ EN CRISIS, DE CARÁCTER DEMOCRÁTICO-BURGUÉS Y UNA LEGITIMIDAD IMPLÍCITA, EN CONSTRUCCIÓN, EMBRIONARIA, INCONSCIENTE PARA LA MAYORÍA DE SUS PROTAGONISTAS, DE CARÁCTER REVOLUCIONARIO

Por el contrario, la clase obrera y la lucha revolucionaria socialista no han encontrado una respuesta convincente a este problema. En el movimiento obrero de la época que estudiamos, y especialmente en Alemania, existía una red considerable de “contra-sociedad” obrera, con locales, prensa, una verdadera cultura propia. Incluso existían tradiciones que, implícitamente, significaban una contestación radical al régimen burgués: por ejemplo las milicias obreras armadas para la autodefensa. En el verano del 23 existía con seguridad y muy ampliamente una desconfianza radical hacia el Reichstag. Pero no existía en la clase obrera el convencimiento de que eran ellos, los trabajadores y las organizaciones en que se reconocían mayoritariamente —los consejos o comités obreros— el verdadero poder legítimo en Alemania y que, para hacer realidad ese poder, había que destruir todas las instituciones del régimen, ya “ilegítimo”, existente.

4. La táctica de Brandler en Chemnitz

Uno de los puntos más controvertidos del 23, criticado durísimamente por la IC, fue la decisión de Brandler de someter a aprobación de la conferencia de Chemnitz la convocatoria de la Huelga General, señal para el comienzo de la insurrección. Puede decirse que Brandler hizo lo contrario de lo que decidieron los bolcheviques en Octubre (convocar la insurrección por decisión del partido, sin esperar la aprobación del Congreso de los Soviets). Puesto que la Revolución rusa triunfó y la alemana fracasó es fácil llegar a la conclusión de que la experiencia histórica ha consagrado como una norma de validez universal la posición bolchevique.

No creemos que esta conclusión se deduzca de la experiencia alemana. En un movimiento obrero profunda y tradicionalmente dividido, partido en dos mitades, Brandler trató de que el llamamiento insurreccional estuviera avalado por un organismo unitario. Lo intentó primero con el gobierno regional y cuando fracasó trató de hacerlo en la Conferencia de Chemnitz. Fracasó también, pero no nos parece que esto invalide el criterio utilizado. Por el contrario, parece muy

EN EL MOVIMIENTO OBRERO DE LA ÉPOCA QUE ESTUDIAMOS, [...], EXISTÍA UNA RED CONSIDERABLE DE “CONTRA-SOCIEDAD” OBRERA PERO NO EXISTÍA EN LA CLASE OBRERA EL CONVENCIMIENTO DE QUE ERAN ELLOS, LOS TRABAJADORES Y LAS ORGANIZACIONES EN QUE SE RECONOCÍAN MAYORITARIAMENTE –LOS CONSEJOS O COMITÉS OBREROS– EL VERDADERO PODER LEGÍTIMO EN ALEMANIA

discutible el planteamiento de la IC, según el “modelo ruso”, de que fuera el partido mismo quien diera la orden de insurrección. Es al menos muy probable que el SPD hubiera respondido con una “contraorden”. Hubiera probablemente estallado una guerra civil dentro del propio campo obrero. La capacidad del ejército para “restablecer el orden” se había reforzado...

Se repitió muchas veces amargamente durante aquellos años que “el Octubre alemán no había terminado como el Octubre ruso”. Pero sobre todo, el “Octubre alemán” no era el “Octubre ruso”. La IC había avanzado mucho en la comprensión teórica del carácter específico de la revolución en Occidente. Pero en la práctica quedaba mucho camino por recorrer.

5. Sobre la utilidad de la política de FU

En una resolución adoptada el 3 de noviembre, inmediatamente después de la derrota, el CC del KPD definía a la socialdemocracia como “cómplice del fascismo”. Era la primera vez que aparecía aún en forma embrionaria un concepto que iba a tener efectos catastróficos para el movimiento comunista internacional: el “social-fascismo” como caracterización de la socialdemocracia. La dirección de la IC seguiría después del 23 considerando que el eje de su política era el FU, pero tras esas palabras había un contenido antagónico al del IV Congreso: la línea ultrasectaria del “FU por abajo”, cuyo objetivo fundamental era “desenmascarar al social-fascismo”, y no permitir la acción unida de los trabajadores. Puede decirse que, en realidad, una de las conclusiones que la mayoría de la dirección de la IC sacará de la experiencia del 23 es la necesidad de abandonar la política de FU, aunque nunca se atrevieron a escribirlo claramente.

¿Había fracasado en Alemania la política de FU? Pensamos que la experiencia del 23 había mostrado la complejidad enorme de esta política en la práctica, los terrenos en que es imprescindible, pero también los terrenos en los que no se aplica, o se aplica de un modo completamente diferente al previsto en las resoluciones de la IC. Pero

¿HABÍA FRACASADO EN ALEMANIA LA POLÍTICA DE FU? PENSAMOS QUE LA EXPERIENCIA DEL 23 HABÍA MOSTRADO LA COMPLEJIDAD ENORME DE ESTA POLÍTICA EN LA PRÁCTICA, LOS TERRENOS EN QUE ES IMPRESCINDIBLE, PERO TAMBIÉN LOS TERRENOS EN LOS QUE NO SE APLICA, O SE APLICA DE UN MODO COMPLETAMENTE DIFERENTE AL PREVISTO EN LAS RESOLUCIONES DE LA IC

el problema de fondo que quería resolver la política de FU —es decir, cómo ganar la hegemonía del movimiento obrero, a partir de una situación minoritaria, frente a una organización mayoritaria reformista— y la respuesta central que da el FU —es decir, en la acción de masas al conjunto del movimiento obrero por las reivindicaciones concretas necesarias de cada momento— tenían plena validez después del 23. Fue Trotsky en solitario quien trató de dar continuidad a esta política y profundizar en ella en la época posterior. Pero Trotsky tenía ideas, no fuerzas que permitieran ir aprendiendo de la experiencia.

Y como el propio Trotsky había planteado en su discurso de 1922 al que nos hemos referido antes, en la política de FU un elemento central es la relación de fuerzas. Él había distinguido la política necesaria para ganar a “los 3/7” de la clase obrera y la necesaria para ganar a los otros “4/7”. La experiencia del 23 permite comprender mejor estos quebrados: la plena utilidad de la política de FU está en realidad en una franja relativamente estrecha en cuanto a la relación de fuerzas, pero completamente decisiva para la revolución; en la franja que va desde el momento en que los comunistas son una fuerte minoría con influencia de masas en el movimiento obrero, hasta que son, o están al borde de ser, la mayoría (hasta la tan repetida fecha del verano del 23 en Alemania). Fuera de esta franja, la comprensión de la política de FU y su aplicación en momentos o situaciones o terrenos concretos, es siempre útil para los comunistas, desde que son una pequeña minoría hasta la victoria revolucionaria. Pero es en esa franja misma donde la política de FU es el eje necesario del trabajo comunista. Ésta es una de las enseñanzas más valiosas de estos años, en que la IC fue, con todos sus errores y debilidades, una dirección internacional comunista y revolucionaria, como no ha habido otra. Lo que vino después fue, bajo el mismo nombre, una ruptura radical de la continuidad comunista.

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

Además de los escritos de Lenin y Trotsky y las resoluciones de los Congresos de la IC, se han utilizado en este texto:

- Jean Barrot y Denis Authier, *La izquierda comunista en Alemania. 1918-1921*, Ed. Zero, Bilbao, 1978.
- Edward H. Carr, *La revolución bolchevique*, Alianza Editorial, Madrid, 1979 (3 vols.).
- Kurt Flechtheim, *Le parti communiste allemand (KPD) sous la République de Weimar*, Ed. Maspéro, París, 1972.
- Pierre Frank, *Histoire de l'Internationale Communiste*, Ed. La Brèche, París, 1979.
- Milos Háyek, *Historia de la Tercera Internacional*, Ed. Grijalbo, Barcelona, 1982.
- Claude Klein, *De los espartaquistas al nazismo: la República de weimar*, Ed. Península, Barcelona, 1970.
- Marcel Liebman, *La conquista del poder. El leninismo bajo lenin*, Ed. Grijalbo, México, 1978.
- Ernesto Racionieri, "Le programme de l'internationale communiste", en *Cahiers de l'Histoire* n. 22-23.
- Larisa Reisner, *Hamburgo en las barricadas y otros escritos sobre la Alemania de Weimar*, Ed. Era, México, 1981.
- V.V.AA., *Historia del marxismo*, Ed. Bruguera, Barcelona, 1983, (vols. 7 y 8).

GLOSARIO

Heinrich Brandler (1881-1967) y August Thalheimer (1883-1942). Brandler fue militante sindical alemán a partir de 1897. Al principio de su carrera laboral, Brandler fue herido en un accidente de trabajo que le llevó a caminar con una cojera para el resto de su vida. Se unió al Partido Socialdemócrata de Alemania en 1901, mientras vivía en la ciudad de Hamburgo. Entre 1908 y 1914 vivió en Suiza. Regresó a Alemania en 1914, justo antes del estallido de la Primera Guerra Mundial y se estableció en Chemnitz como secretario del sindicato de la construcción. Brandler fue militante en su oposición a la guerra y se incorporó al Grupo Internacional de Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht. La actividad fraccional lo enfrentó con la dirección del SPD y condujo a su expulsión en 1915, junto con Fritz Heckert. Brandler fue nombrado delegado del Grupo Internacional para la primera Conferencia de Zimmerwald, pero fue detenido por la policía en la frontera con Suiza y no pudo asistir. El 1 de enero de 1916, Brandler fue miembro fundador de la Liga Espartaquista, la organización formal que brota del Grupo Internacional ya existente. En octubre de 1918, Brandler fue arrestado por actividades políticas ilegales y fue expulsado temporalmente de Alemania, debido a su ciudadanía austríaca. Posteriormente, obtuvo el estatuto de la nacionalidad alemana a través del gobierno de Gerhard Eisner en Baviera, lo que permitió su regreso. Brandler fue miembro fundador del Partido Comunista de Alemania (KPD), en diciembre de ese mismo año. Fue elegido miembro del CC en el II Congreso de la organización, celebrado en 1919. Brandler se convirtió así en uno de los pocos militantes obreros de la dirección.

Organizó los consejos de trabajadores en Chemnitz inmediatamente después del fracaso del putsch de Kapp de 1920. El 15 de marzo de 1920, Brandler y otros comunistas de Chemnitz se unieron a los socialdemócratas locales en la proclamación de un gobierno soviético para la defensa común contra los nacionalistas. Esto resultó ser una institución efímera que desapareció al cabo de unos días, cuando los generales y su gobierno fueron expulsados de Berlín. Con

la ayuda de la presión de la IC, la fracción de Brandler asumió la dirección del KPD en 1921, reemplazando a Paul Levi como máximo dirigente. Brandler fue líder del partido durante la malograda “Acción de Marzo” del KPD de 1921. En junio de 1921, fue condenado en un juicio por traición y condenado a cinco años de prisión en una fortaleza. Su reclusión se terminó abruptamente en noviembre de ese mismo año, después de lo cual Brandler fue a Moscú, donde se incorporó al Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista en representación del partido alemán.

Brandler regresó a Alemania en agosto 1922, asumiendo una vez más el papel de máximo dirigente del Partido, un puesto ocupado temporalmente por Ernst Meyer. En el 8 ° Congreso del KPD, celebrado en Leipzig el 28 de enero de 1923, la fracción de Brandler y Thalheimer se impuso a la izquierda del KPD, un grupo dirigido por Ernst Thaelmann, Arkadi Maslow y Ruth Fischer. La fracción de Brandler fue la beneficiaria del apoyo clave de Karl Radek, un alto dirigente de la Internacional Comunista. La posición de Brandler como jefe del KPD se solidificó y su interpretación táctica del FU y del “gobierno obrero” se impuso. En 1923, Brandler fue responsable de llamar de un levantamiento revolucionario planificado después de la defección de los socialdemócratas de izquierda. Brandler y su estrecho colaborador Thalheimer fueron culpados del fracaso por la IC. Fue llamado a la Unión Soviética por el Comintern en enero de 1924, y se mantuvo en ese país durante la mayor parte de los próximos cuatro años. Brandler criticó al nuevo líder del KPD Ernst Thaelmann, una persona firmemente apoyada por la cada vez más poderosa dirección del PCUS. Brandler y Thalheimer fueron expulsados del KPD y la IC entre 1928 y 1929. A lo largo de 1929 agruparon a sus seguidores en el KPO, Oposición Comunista de Alemania, de inspiración bujarinista. Entre los seguidores de las tesis de Brandler a nivel internacional puede nombrarse a Kilbom (Suecia), Lovestone (EE.UU.), Maurín (España), Neurath (Checoslovaquia), M.N. Roy (en la India), entre otros. Tras la llegada al poder de Adolf Hitler, la mayoría de los

dirigentes KPO huyeron a Francia. Brandler vivió en París hasta el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, donde siguió participando en la política comunista. Entre 1939 y 1940, Brandler fue internado temporalmente por el gobierno de Vichy y enviado a prisión en el sur de Francia. Brandler y Thalheimer huyeron a Cuba 1941. Tras la muerte de Thalheimer en 1948, Brandler se trasladó al Reino Unido, donde intentó trabajar en la redacción de sus memorias. En 1949 pudo regresar a Alemania Occidental. Brandler se involucró en una nueva organización, el Grupo de Trabajo Político, y sirvió como su presidente y editor de su revista, *Gruppe Arbeiterpolitik*, hasta 1956. Brandler también mantuvo una extensa correspondencia con Isaac Deutscher. Heinrich Brandler murió el 26 de septiembre 1967.

Nikolai Bujarin (1888-1938) líder de la llamada derecha del Partido Comunista de la Unión Soviética y de la Internacional Comunista a finales de los años 20; sus seguidores fuera de la URSS formaron organizaciones comunistas nacionales en los años 30.

Bela Kun (1886-1939) dirigente comunista y presidente de la República Soviética de Hungría de 1919. Hijo de un empleado municipal judío, Kun se involucró en el movimiento socialdemócrata muy joven, trabajando en primer lugar en Transilvania y posteriormente en Budapest. Fue llamado a filas en el ejército austrohúngaro al estallar la I Guerra Mundial. Fue hecho prisionero en Rusia en 1916 y se unió a los bolcheviques. Al recibir la atención de Lenin, Kun recibió formación política revolucionaria y regresó a Hungría tras el hundimiento de las Potencias Centrales en 1918. Fundó un periódico comunista y el Partido Comunista Húngaro en diciembre de 1918. En el marco de una Hungría derrotada e invadida por checos y rumanos, consiguió que el líder democrático Conde Mihály Károlyi le permitiera acceder al poder. Estableció inmediatamente un régimen bolchevique. Al principio obtuvo victorias sobre el ejército checo y consiguió establecer en Eslovaquia una república soviética. El descontento

provocado por sus medidas facilitó que un ejército rumano invadiera Hungría y acabara con una república soviética que apenas duró tres meses. Huido a la URSS, cayó en desgracia con Stalin y murió durante las purgas estalinistas, se cree que en noviembre de 1939.

Paul Levi (1883-1930) dirigente socialdemócrata y comunista alemán. Nacido en la provincia de Hohenzollern en una familia de comerciantes judíos acomodados, empezó a trabajar como abogado en Frankfurt en 1906 y se unió al Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD). Se convertirá en parte del ala izquierda del partido junto con Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht, siendo el abogado de la primera en los diversos procesos que sufrió. En 1914 sería elegido concejal del SPD en Frankfurt. Sería uno de los doce delegados en la reunión que en marzo de 1915 formaría el *Gruppe Internationale*, antecedente de la Liga Espartaquista. Al mes siguiente sería llamado a filas y mandado a los Vosgos. Tras un ayuno forzoso, conseguiría librarse del servicio militar por prescripción médica, lo cual le permitiría reunirse en Suiza con los integrantes del Buró de Zimmerwald. Levi volvería a Alemania tras la Revolución de Octubre y, desde marzo de 1918, será en uno de los editores de la prensa espartaquista. En el congreso de fundación del KPD en diciembre de 1918, introdujo el debate sobre la "Asamblea Nacional". Levi formó parte de la mayoría de la dirección del KPD que se opondría al levantamiento espartaquista de enero de 1919. Tras el asesinato de Rosa Luxemburg, Karl Liebknecht y Leo Jogiches en 1919 a manos de cuerpos francos a las órdenes de los contrarrevolucionarios socialdemócratas Ebert y Noske, se convertiría en el máximo dirigente del Partido Comunista Alemán (KPD). En el segundo congreso del partido en octubre de 1919, Levi expulsó a la ultraizquierda consejista (que pasaría a denominarse Partido Comunista Obrero de Alemania, KAPD). Durante el putsch de Kapp (golpe de Estado reaccionario

que intentó derrocar a la República de Weimar y que fue detenido por una potente huelga general obrera) fue encarcelado. En 1920, Levi encabezó la delegación alemana en el II Congreso Mundial de la Internacional Comunista en Moscú. Alejó al partido de la política de revolución inmediata, acercándolo a capas más amplias de trabajadores. Política que culminó con la fusión con un sector muy significativo del USPD en el Congreso de Halle, convirtiendo al KPD en un partido revolucionario de masas que llegaría a alcanzar los 360.000 miembros. Tras ser expulsado por criticar públicamente la “Acción de Marzo”, se unió al Partido Socialdemócrata Independiente (USPD) y se convirtió en uno de los dirigentes de su ala izquierda. Se reincorporó al SPD poco antes de su muerte en 1930.

Georgy Lukács (1885-1971) filósofo marxista y crítico literario húngaro. Nacido en una familia judía de banqueros, en 1906 se graduó en Ciencias Políticas en la universidad de Kolozsvár y después estudió en Berlín y Heidelberg. Fue miembro del Partido Comunista Húngaro y ocupó cargos políticos. Después del triunfo de la revolución de 1919 fue Comisario de Educación y Cultura de la República Soviética Húngara. Tras el derrocamiento del gobierno de Béla Kun vivió como exiliado en Austria y Alemania y, en 1933, tras el triunfo del nazismo, se refugió en la Unión Soviética, hasta 1944, cuando fue nombrado profesor de la Universidad de Budapest. Desde 1945 fue miembro de la Academia de Ciencias de Hungría. En contradicción con el gobierno de Mátyás Rákosi, fue marginado de las actividades políticas a partir de 1948. Durante la revolución húngara de 1956 fue Ministro de Cultura del gobierno de Imre Nagy. Depuesto éste, fue deportado a Rumanía hasta 1957, año en que retornó a Budapest, donde —alejado del poder y marginado— se dedicó hasta su muerte a sus investigaciones y escritos filosóficos, sociológicos y estéticos.

Ernest Meyer (1887-1930) fue un dirigente comunista alemán. Fundador del KPD y líder de su grupo parlamentario en el Ladttag de Prusia. Será un opositor de Ernest Thälmann, quien le apartará de la dirección del partido a partir de 1928, poco antes de fallecer a causa de una tuberculosis.

Karl Rádek (1885-1939) fue un bolchevique y líder comunista internacional. Nació en Lviv, Ucrania, entonces llamada Lemberg (Imperio Austrohúngaro). Su familia era judía. Ingresó en el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia en 1898 y participó en la Revolución de 1905 en Varsovia. Durante la I Guerra Mundial fue un activista contra la guerra en Suiza y apoyó a los bolcheviques. Se unió al Partido Comunista después de la Revolución de Octubre. Estuvo en Alemania entre 1918 y 1920 ayudando a la organización del movimiento comunista. En 1920 Rádek regresó a Rusia para trabajar en la Internacional Comunista. Sus contradicciones con Stalin lo llevaron a salir del Comité Central del Partido y finalmente a ser expulsado de éste en 1927. Rádek era partidario de acelerar el ritmo de la colectivización de la economía y de la industrialización desde la Oposición de Izquierdas encabezada por Trotsky, por lo que al virar Stalin a partir de 1929 en esa dirección, encabezó a los opositores que trataron de reconciliarse con el gobierno estalinista y fue readmitido en el Partido en 1930, pero posteriormente fue acusado de alta traición y finalmente “confesó” sus crímenes durante el Juicio de los Diecisiete o Segundo Juicio de Moscú (1937). Murió en 1939 en una riña con otro prisionero.

Umberto Terracini (1895-1983), abogado, dirigente comunista y parlamentario. Se adhirió muy joven a las juventudes socialistas en Turín (aunque era originario de Génova). Su propaganda antimilitarista le costó una detención en 1916. Acto seguido fue llamado a filas y mandado al frente. Tras el conflicto se licenció en derecho en 1919. Amigo de Gramsci, fue promotor junto a él del semanario *L'Ordine Nuovo*, que se convirtió en órgano oficioso del movimiento de conse-

jos de fábrica de la capital piamontesa. En enero de 1921, participó en el III Congreso de la Internacional Comunista y fue elegido en su Comité Ejecutivo, a pesar de haberse opuesto a Lenin y Trotsky sobre la política de Frente Único con los socialistas. Terracini estuvo por última vez en la URSS en ocasión del último Congreso de la IC en 1924. De vuelta a Italia fue arrestado. Tras ser capturado de nuevo en Milán en 1925, tuvo ocasión de participar en Lille en el congreso del Partido Comunista Francés. Detenido de nuevo en 1926, fue condenado en 1928 a 22 años de cárcel en un proceso en el que su alegato antifascista acabó siendo célebre. Recobró la libertad en 1943 y, debido a su condición de comunista y judío, tuvo que huir a Suiza mientras en el PCI una comisión se encargaba de juzgar sus posiciones políticas. Posteriormente se integró en el Comité de Liberación Nacional de la Resistencia, donde desempeñó el cargo de secretario de la Junta de Gobierno. Tras la Liberación, Terracini entró de nuevo en la dirección del PCI. Fue jefe del grupo del Senado durante dos legislaturas. Mantuvo su cargo de senador hasta su muerte.

Grigori Zinoviev (1883-1936) dirigente bolchevique, fue amigo de Lenin y condenado al destierro y a la prisión por el zarismo. Se hizo conocido, junto a Kamenev, por su oposición pública a la insurrección de Octubre. Después de la muerte de Lenin (quien nunca le recriminó públicamente sus posiciones anteriores), formó junto a Stalin y Kamenev el triunvirato en el Politburó del Partido Bolchevique que lucharía por apartar a Trotsky del poder y de la dirección del partido. Presidió la Comintern, en la que impuso la llamada “bolchevización”, inició la “lucha contra el trotskismo” y, antes de la llegada al poder de Stalin, se erigió ya en guardián de la ortodoxia leninista. Ante el ascenso del estalinismo, buscó un acuerdo con Trotsky y la Oposición de Izquierda para configurar una efímera “Oposición Conjunta”, antes de capitular e intentar reintegrarse en el aparato del partido. El 25 de agosto de 1936 murió ejecutado junto a Kámenev en los Procesos de Moscú orquestados por Stalin.